La Candilla

6

LA PANDILLA,

ó

LA ELECCION DE UN DIPUTADO,

comedia en cinco actos, y en prosa,

escrita en francés

POR Mr. SCRIBE.



MADRID, 1837.



Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,

calle del Amor de Dios, número 7.

PERSONAS.

El Conde de Miremont, *Par de Francia.*
Cesarina, *su esposa.*
Agata, *hija del Conde de Miremont.*
Edmond de Varennes, *abogado.*
Bernardet, *médico.*
Oscar Rigaut, *primo de Cesarina.*
Mr. de Montlucar.
Zoé, *su esposa.*
Dutillet, *librero.*
San Estéban, *novelista.*
Desrouseaux, *pintor.*
Leonardo.
Savignac.
Pontigni.
Un criado de Mr. de Montlucar.
Un criado de Mr. de Miremont.
Criados de Oscar.

La escena es en París: el primer acto en casa de Mr. de Montlucar: el segundo en casa de Oscar; los tres siguientes en casa de Mr. de Miremont.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon: una puerta en el fondo y dos laterales: á la izquierda una mesa con recado de escribir; á la derecha un velador, sobre el cual hay varios libros y papeles.

ESCENA PRIMERA.

ZOÉ, MR. DE MONTLUCAR.

Zoé. (*Escribiendo*). Me parece que hay ya bastantes convidados. Nuestro salon apenas puede contener ciento cincuenta personas.

Mont. Sin embargo.

Zoé. Y ya tenemos aquí trescientas esquelas de convite.

Mont. Es preciso que vean que tiene uno amigos.

Zoé. Aunque sea á costa de apiñarlos en el recibimiento.

Mont. Ciertamente, y si preciso fuese, en la escalera; eso es de tono.

Zoé. Decid pues. «Diciembre de 1836... Monsieur y Madama de Montlucar, suplican á...

Mont. Al *maire* de San Dionisio, le haga el honor &c. &c.

Zoé. Teneis razon: yo no habia pensado en él... Hay que nombrar un Diputado en San Dionisio, y es una ocasion que no debeis malograr, teniendo vos allí propiedades y una fábrica...

*

Mont. Yo! qué decís? lanzarme yo en ese mar profundo de intrigas, cuando conoceis mi modo de pensar! Mucho habian de rogármelo para que yo pudiese acceder... ah! habeis puesto en la lista á mi amigo el Doctor Bernardet?

Zoé. Sí señor.

Mont. Mi amigo Dutillet el librero! el genio de la librería!... mi amigo Desrouseaux, el pintor de paisages... el genio de la pintura.

Zoé. Eso es lo que me admira: todos vuestros amigos son genios.

Mont. Sí señora. Habeis escrito á mi amigo Oscar Rigaut, el abogado... que hace versos elegiacos?

Zoé. Tambien.

Mont. Habia encargado que tomasen seis ejemplares de sus poesías fúnebres... ah! ya los veo allí.

Zoé. Seis ejemplares de un libro detestable!

Mont. Os quereis callar?

Zoé. Cosa es triste por cierto; yo no soy dueña de mis acciones ni de juzgar por mí misma. Ayer en la ópera, la música mas fastidiosa que en mi vida he oido, no haciais mas que repetirme, Señora! no bosteceis. Vamos, será cosa de no poder una bostezar en la ópera.

Mont. No, de ningun modo; habia allí varios amigos que os estaban observando, y vos misma, si me huibéseis profesado alguna estimacion, hubiérais tambien aplaudido.

Zoé. Ya es demasiado! vos, Sr. Conde de Montlucar, que os habeis hecho literato por pura aficion; cuyas obras han sido veinte veces reimpresas, vos pasais vuestra vida en medio de esa turba de artistas mediocres, de quienes os haceis el apóstol y el entusiasta! Mr. Oscar Rigaut, por ejemplo, ese poeta abogado que vos ensalzais hasta las nubes...

sin embargo, en aquel pleito que tuvísteis sobre la fábrica de San Dionisio, no le escogísteis para que os le defendiera.

Mont. Está tan ocupado!

Zoé. No será en pleitos seguramente; preferísteis á un jóven, de quien siempre os he oido hablar muy mal... Mr. Edmond de Varennes. Luego, ese médico, sin el cual no podeis pasar un momento, ese Bernardet...

Mont. Hombre prodigioso! un fenómeno, que ha dado un impulso estraordinario á la medicina...

Zoé. Vos aconsejais á todos vuestros amigos que se dejen asistir por él, pero en vuestra última enfermedad tomásteis otro que os curó perfectamente.

Mont. Esas son cosas que vos no comprendeis. Os acordais si está en la lista Mr. de Miremont?

Zoé. El Par de Francia?

Mont. Poco me importa su título... pero es editor de un periódico muy acreditado.

Zoé. Pues yo os confieso que aborrezco á su muger.

Mont. Callad! una muger encantadora... (*Bajando la voz*) una muger temible, que se la encuentra en todas partes! tanto en los salones del ministerio como en los de la banca. Una muger que intriga, que juega, y en una tertulia levanta y arruina veinte reputaciones.

Zoé. Empezando por la suya. Una coqueta, orgullosa, que estuvo conmigo en el Colegio, y que apenas me mira sin embargo. No, yo no la invitaré.

Mont. Qué decís?

Zoé. Si fuera Agata, la hija de su marido, esa pobre niña á quien hace tan desgraciada! Agata de Miremont, que tambien fué mi compañera de Colegio, y que es tan amable, tan buena! Pero la or-

gullosa Cesarina, á quien detesto... y á fé que ella me paga con el mismo afecto.

Mont. Por lo mismo... un sabio ha dicho que en el mundo tenemos tres clases de amigos: los amigos que nos quieren, los amigos que no nos quieren, y los amigos que nos aborrecen. Estos últimos son los que primero debemos halagar.

Zoé. Bien... puesto que teneis gusto en ello, lo haré, pero admitiéndome ciertas condiciones.

Mont. Las que querais.

Zoé. En primer lugar, cuando se lea en casa cualquier obra de algun genio conocido vuestro, no estaré obligada á aplaudirla, ni á estasiarme como vos.

Mont. Concedido.

Zoé. Y al mismo tiempo, podré si quiero dejar de asistir á su lectura, y marcharme entre tanto al Teatro, ó donde mejor me pareciere.

Mont. Concedido.

Zoé. Y para empezar, me acompañareis al Conservatorio, donde tendrémos por la mañana un magnífico concierto.

Mont. Consiento en ello... ah! no, es imposible... tengo que ir á almorzar á casa de Mr. Oscar Rigaut, donde van todos nuestros amigos. Se va á tratar de cosas muy importantes.

Zoé. De qué?

Mont. No podeis saberlo.

Zoé. Siempre la misma respuesta! todas vuestras acciones, de algun tiempo á esta parte, están cubiertas con un misterio... Teneis conferencias, conciliábulos secretos... yo no sé por qué no se forma una ley contra las asociaciones. Os habeis metido en alguna conspiracion?

Mont. Yo!

Zoé. Todo me lo hace pensar así, y si no es contra el Estado, es contra mí por lo menos. En adelante yo os observaré, lo examinaré todo, y... qué contenia aquel papel que estábais ayer escribiendo, y que ocultásteis cuando yo llegué? Aquel es... escrito de vuestra mano... aquí hay traicion.

Mont. No,... no...

Zoé. Quiero verlo.

Mont. Para qué? es un fragmento literario.

Zoé. No importa... cuando se trata de conspiraciones, todo debe leerse (*Lée.*) «Qué cosa es el genio?"

Mont. Ya veis...

Zoé. Dejadme. «Es el rayo eléctrico que recorre la inmensidad del espacio. Esta es la reflexion que se ofrecerá á todo el que lea la última obra de..."

Mont. Basta... ya veis que nada os interesa.

Zoé. Pero por qué no quereis que yo lea un trozo de vuestra composicion?...

Mont. Por qué? porque viene gente.

Zoé. Ah! es mi amiga Agata. (*Suelta el papel, del cual se apodera inmediatamente Mr. de Montlucar.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS, *y* AGATA.

Zoé. Cuánto te agradezco esta visita, tan temprano...

Agat. Sí, es el único dia en que me permiten alguna libertad.

Zoé. Justamente, hoy es Domingo: irás á misa supongo... ¿cómo no va tu madrastra?

Agat. Tenia que dar por la mañana una audiencia

á un nuevo compositor que ella protege, con el objeto de oir su ópera.

Mont. Ah! el jóven Timballini, el honor de la Ausonia, un alma de fuego... el genio de la música.

Zoé. Otro amigo vuestro.

Mont. Sí, un hombre que hará mucho ruido en el mundo.

Zoé. Ya empieza.

Mont. Y vuestra madrastra, cómo está?

Agat. Perfectamente.

Mont. Y Mr. de Miremont, vuestro padre, á quien admiramos y respetamos todos? Impasible en Luxemburgo, inmóvil sobre su silla curul, ha visto estrellarse á sus pies las olas de todas las revoluciones, y no abandonará su puesto suceda lo que suceda.

Agat. Os doy mil gracias por vuestros elogios, y no dudeis que mi padre así como mi madrastra, os profesan la misma estimacion. Ayer no se habló en casa de otra cosa que de vos y de vuestra última obra.

Mont. De mis *Anomalías políticas y literarias.*

Agat. Creo que sí... yo no la he leido; eso es demasiado encumbrado para mí; pero Mr. Bernardet, el Doctor en medicina; Mr. Timballini, el músico, y otros ocho ó diez caballeros que allí estaban, que todos parecian conocerse, no cesaban de esclamar, ¡qué profundidad! qué talento! qué genio!

Mont. Oh! mis queridos amigos!

Agat. Tambien estaba allí Mr. Dutillet.

Mont. Mi editor!

Agat. Y ese, gritaba mas fuerte que los demas, «á su lado, Montesquieu es un niño de teta."

Mont. Es preciso perdonar algo al calor de la amis-

tad, que puede engañarse, pero que á lo ménos se engaña de buena fé. ¿Y vuestro padre qué decia?

Agat. No decia nada.

Mont Es su carácter... un hombre grave que no arriesga ligeramente su opinion.

Agat. O tal vez, puede que como yo, no la haya leido... aunque la tenia sobre la mesa... creo que la ha comprado.

Mont. Se vende muchísimo.

Zoé. No, si mi marido se la envió.

Mont. Es verdad, yo tuve el honor... y qué decia vuestra madrastra?

Zoé. Mi madrastra gritaba, «Mr. de Montlucar debe ser nombrado individuo de la Academia de ciencias políticas y morales...

Mont. Verdaderamente, qué muger! qué gusto! qué tacto!

Un criado por la puerta de la izquierda. Preguntan por el Señor, que quieren verle con urgencia.

Mont. Que espere.

Criado. Es el Doctor Bernardet.

Mont. Ah! es uno de los nuestros... perdonad, Señorita, os dejo con mi muger.

ESCENA III.

ZOÉ, AGATA.

Zoé. Ya lo ves, mi querida Agata, así es siempre, en otro tiempo era estremadamente amable, pero desde que ha dado en la idea de ser hombre de talento, se ha puesto fastidiosísimo.

Agat. Lo mismo sucede en mi casa, que está siempre atestada de hombres grandes... yo no con-

cibo cómo la Francia puede producir tantos!

Zoé. Efectivamente.

Agat. Y esto, sin contar los muchos que yo no conozco. Nuestro gran poeta! nuestro gran actor! nuestro gran trágico! Yo no sé cómo es ello, pero todos son grandes. Te acuerdas de nuestro Colegio, donde todos éramos pequeños?

Zoé. Ah! qué tiempos aquellos!

Agat. Cómo nos queríamos, y cuán dichosas éramos! y nuestra querida Adela que murió tan jóven...! las tres éramos inseparables, lo que era de una, era de las demas.

Zoé. Y Mr. Edmond de Varennes, su hermano...

Agat. Que casi lo era tambien nuestro.

Zoé. Todos los dias iba al Colegio á ver á su hermana.

Agat. Y á nosotras, porque nunca nos separábamos de ella.

Zoé. Ahora, todo ha mudado: Mr. de Varennes es abogado, y pasa su vida en el tribunal... apenas le veo.

Agat. Tampoco yo... mi madrastra no puede verle, y mi padre no acoge bien en su casa sino á las personas que agradan á su muger.

Zoé. Parece imposible que se deje llevar hasta ese punto... y lo que yo no he comprendido, cómo se pudo hacer ese matrimonio.

Agat. Yo he sido la causa... Cesarina fué recibida en el Colegio en clase de aya, y allí la vió varias veces mi padre cuando iba á visitarme: se apasionó de ella...

Zoé. Se me figura que Cesarina tiene bastante talento...

Agat. Sí, y una vocacion decidida por la intriga. Ella ha conseguido de mi padre que tomase varias

acciones en la empresa de un periódico muy acreditado, influencia poderosa que mi padre no conoce, y de la que se aprovecha mi madrastra. Pero volviendo á Edmond de Varennes, en el pleito que he sostenido sobre los bienes de mi madre quise tomarle por defensor, y Cesarina se opuso terriblemente.

Zoé. Y por qué?

Agat. Porque le aborrece con toda su alma.

Zoé. Lo estraño mucho, tanto mas cuanto que en el Colegio se decia que le miraba con alguna aficion.

Agat. No... eso no es cierto.

Zoé. No lo será, pero...

Agat. Y la prueba es la aversion que ahora le tiene. Queria que defendiese mi pleito su primo Oscar Rigaut, un estúpido... (*Con misterio*) que pertenece á una sociedad, de la que mi madrastra es, como si dijéramos, la protectora, la presidenta.

Un criado. Mr. Edmond de Varennes.

Agat. Viene sin duda á anunciarte mi triunfo.

Zoé. Ha ganado el pleito?

Agat. Completamente.

ESCENA IV.

LAS MISMAS, *y* EDMOND.

Zoé. Seais bien venido, señor vencedor...

Edm. Gracias... no esperaba tener el gusto de encontrar aquí á la Señorita de Miremont.

Agat. Deseaba veros para espresaros mi reconocimiento, porque ayer cuando fuísteis á mi casa os debí parecer en estremo ingrata... Habia tanta gente!

Edm. Señorita!

Agat. Apenas os hablé!

Edm. Es verdad, pero al verme me alargásteis vuestra mano, como en otro tiempo hacíais en el Colegio...

Zoé. Ciertamente, y eso queria decir: «buenos dias, Señor Edmond, nuestro querido hermano," y eso mismo os decimos tambien ahora. (*Zoé y Agata alargan la mano á Edmond quien las estrecha conmovido entre las suyas.*)

Edm. Qué recuerdos! ah! si mi pobre Adela hubiera podido ser testigo de mi triunfo... pero murió y yo he quedado solo en el mundo.

Agat. Sois en estremo injusto. Todavía hay personas que se interesen por vuestra felicidad.

Zoé. Ahora mismo estábamos hablando de vos, de vuestras esperanzas...

Edm. Mis esperanzas! son tan tristes! Huérfano, y casi sin bienes de fortuna...!

Zoé. Cuando se tiene talento...

Edm. Y quién os ha dicho que yo le tengo?

Agat. Nosotras lo decimos.

Zoé. Paciencia y ánimo que vos ascendereis.

Edm. Ah! todo se me figura posible cuando os oigo hay en la amistad de las mugeres un encanto mágico; que hace creer en todos, y lo hace olvidar todo. Pero no, mi carrera está sembrada de obstáculos que cada dia ponen los hombres. Por mas que me esfuerzo en adelantar, nadie me ayuda, y en vano lucho por salir de la oscuridad. No lo conseguiré nunca.

Zoé. Qué ideas!

Agat. Ya habeis visto el efecto que causó vuestro discurso. Os aplaudieron con entusiasmo.

Zoé. El primer paso está dado, y debeis seguir sin temor.

Agat. Hay mil medios de salir de esa oscuridad.

Edm. No os comprendo.

Agat. Falta por nombrar un Diputado en San Dionisio.

Zoé. Es cierto: mi marido me lo ha dicho esta mañana.

Edm. Qué decís?

Agat. Sí, es preciso, preciso.

Zoé. (*Viendo á un criado que sale con algunos periódicos de la habitacion de Mr. de Montlucar.*) Aquí están los periódicos de hoy... leednos la audiencia de ayer para que gocemos de vuestro triunfo.

Agat. (*A Edmond que recorre rápidamente un periódico.*) Y qué decís ahora? os encontrais con mas valor? estais mas contento?

Edm. Oh! que iniquidad!

Las dos. Qué teneis?

Edm. Leed... leed... han truncado y desfigurado mi discurso, lo han tergiversado del modo mas infame... En los trozos en que he logrado arrancar vivas demostraciones de entusiasmo han puesto entre paréntesis «murmullos en el auditorio."

Zoé. Es verdad. (*Leyendo á Agata en voz baja.*) «La causa no necesitaba de defensa: el orador no ha mostrado un solo rasgo de ingenio, de lógica, ni de calor, y todos los concurrentes estrañaban que no se hubiese confiado esta defensa al jóven Oscar Rigaut, cuya nerviosa elocuencia era mas á propósito para el objeto que se discutía."

Agat. Oscar!

Edm. Ya os lo dije... todo conspira contra mí.

Zoé. Pero los que han asistido á la audiencia saben que esto no es verdad.

Edm. Sí... trescientas personas á lo mas, y ese

periódico lo leerán trescientas mil, que dirán e todas partes que yo soy un abogado sin instruc cion, sin talento, incapaz de defender los inte reses que se me confian. Mejor tratan á vuestr marido, de quien hacen un pomposo elogio, ha blando de su última obra. (*Lée.*) «Que es e genio? Es el rayo eléctrico que recorre la inmen sidad del espacio.''

Zoé. Dios mio!

Edm. (*Sigue leyendo.*) «Esta será la reflexion qu se ofrecerá á todo el que lea la última obra d Mr. de Montlucar.''

Zoé. Ya comprendo.

Edm. Seguramente, es muy satisfactorio verse elogiado así... no me sucederá eso nunca...

Zoé. No hay cosa mas fácil.

Agat. Seguramente, porque siendo Diputado os habrán de oir...

Edm. Pero yo no tengo valor para mendigar el voto de nadie, yo no puedo humillarme hasta el estremo de intrigar para que me nombren...

Zoé. Y quedareis siempre sumergido en esa oscuridad...

Agat. Y morireis desconocido...

Edm. Sí... yo moriré muy pronto... ojalá hubiese ya muerto!

Agat. Edmont!

Un Criado. El coche de la Señorita.

Agat. Está bien. (*Acercándose á Edmond, mientras Zoé va á tomar el sombrero de Agata.*) Con que os empeñais en no ser Diputado!

Edm. Para qué?

Agat. Para muchas cosas. Mi padre dijo ayer que no tendria inconveniente en dar á un Diputado la mano de su hija.

Edm. Cielos!

Agat. (*A Zoé.*) Gracias, gracias, mi querida Zoé. Adios. Mr. Edmond. (*Zoé la acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA V.

EDMOND, ZOÉ.

Edm. Diputado!... si yo fuese Diputado podria aspirar á su mano... Ah! ella ha adivinado lo que pasaba en mi corazon; lo que jamas la habia dicho.

Zoé. Pobre Edmond! cuánto os compadezco!

Edm. A mí!... á mí que soy el mas dichoso de los hombres!

Zoé. Qué decís? pues poco antes...

Edm. Poco antes era un insensato, que no oia nada, que rehusaba vuestros consejos... pero lo he pensado mejor y quiero ser Diputado á toda costa, sean cuales fueren los medios que para ello deba adoptar.

Zoé. Es posible!

Edm. Sí, moriré ó seré Diputado.

Zoé. Y buen Diputado por lo que veo, puesto que mudais de opinion con estremada facilidad.

Edm. Pero á quién he de recurrir, á quién debo dirigirme para que me nombren? yo no conozco á nadie.

Zoé. A Mr. de Miremont.

Edm. Mr. de Miremont debió á mi padre su vida y su empleo, pero desde que se casó parece haberse olvidado del hijo de su amigo.

Zoé. Cesarina...

Edm. Ella es la causa de esto, y como yo no he dudado en manifestar el desprecio que esa muger me inspira.

Zoé. Qué habeis hecho?

Edm. He hecho bien: nada hay mas despreciable que una jóven que por interés y ambicion procura seducir á un pobre viejo, y se casa con él. Por ese lado, nada tengo que esperar.

Zoé. Os podeis dirigir á mi marido.

Edm. Yo!

Zoé. Es claro... él no os lo ha de ir á ofrecer. Todo el mundo hace otro tanto. Allí viene, habladle.

Edm. Si supiérais lo que me cuesta!

Zoé. Valor. Ello es preciso.

Edm. Sí, sí... teneis razon. (Ella lo quiere.)

ESCENA VI.

MR. DE MONTLUCAR, *que sale pensativo por la puerta de la izquierda, y* EDMOND.

Mont. Seguramente, puede uno ser Diputado y conservar su color político: haciendo siempre la oposicion... Pero en mi situacion, yo no puedo proponerme á mí mismo... es preciso que me obliguen á ello.

Edm. (Ataquémosle.)

Mont. (*Con sequedad.*) Ah! sois vos, Edmond? Habreis venido á visitar á Madama de Montlucar?

Edm. No señor; he venido á veros.

Mont. Y qué feliz casualidad me proporciona tanto honor?

Edm. Un negocio importante. Sé que falta por nombrar un Diputado en San Dionisio...

Mont. Eso he oido decir... me mezclo tan poco en cosas de política...

Edm. Yo tengo allí algunas posesiones...

Mont. (*Con amabilidad.*) Sois elector, y venis á pedirme...

Edm. Ya veis... es natural. Vuestra influencia, vuestro nombre, y vuestros inmensos bienes...

Mont. Y tal vez os envian vuestros cólegas...

Edm. No señor, yo he venido por mí mismo.

Mont. Ahora os lo agradezco mas... pero si he de decir lo que siento, por mucho que deba halagarme vuestro obsequio, ya veis que en mi actual posicion... Yo no soy diplomático, yo no soy mas que un literato, y como tal me he formado ciertas opiniones, cierta independencia, y digámoslo así, cierta gloria que no quisiera comprometer.

Edm. Pero...

Mont. Esto os admira... y casi estaba decidido á conformarme con vuestro deseo... porque me es muy sensible desairaros. Por otro lado, yo que estaba tan tranquilo en mi casa, léjos de pensar en esas cosas... habeis venido á ponerme en una situacion delicada y cruel, porque... yo no puedo ser Diputado.

Edm. No, pues no os desazoneis, que no era eso lo que yo venia á deciros.

Mont. Eh! no era eso?

Edm. Yo conocia vuestra aversion á la política, y por eso venia á hablaros por otro.

Mont. (*Afectando alegría.*) En hora buena... ya respiro... y quién es el otro?

Edm. Yo.

Mont. Vos?... Seguramente tendria un placer en hacerlo, pero vuestros principios son enteramente opuestos á los mios.

Edm. Eso no os hubiera impedido admitir mi voto.

Mont. Pero me impide concederos el mio: si tal hiciera me abandonarian mis amigos políticos.

Ayer, sin ir mas léjos, habeis defendido en un pleito á Madama de Miremont, que pertenece á la nueva nobleza, á la nobleza del Imperio, contra una de las mas antiguas familias de Francia.

Edm. Si no tenia razon...

Mont. Eso es lo que ménos se mira en el dia.

Edm. Si he podido mostrar algun talento en esa defensa...

Mont. Sí, acabo de leerla en un artículo de un periódico.

Edm. Pero vuestra opinion no puede ser la misma que la de ese periódico... vos me conoceis. Os acordais de aquel dia en que gané vuestro pleito? aquel dia tenia yo talento, me abrazábais...

Mont. Si yo os concedo, amigo mio, que no os falta mérito, y yo lo diré á gritos... aquí para entre los dos. Pero hay situaciones comprometidas, y la mia es una de ellas. Ese periódico es de mis amigos, y siempre con razon ó sin ella me ha tratado bien, y no quiero yo comprometerme á ser atacado, yo que en nada me meto, y que por mi posicion soy libre é independiente.

Edm. Independiente, y os amedrenta un artículo de un periódico! Independiente, y no os atreveis á manifestar vuestra opinion!

Mont. Caballero! yo tengo por lo ménos una regla que dirige mis acciones y es la que voy á deciros: no mezclarme en ninguna intriga, no ser cómplice en ninguna cábala; elevarme por mí mismo y no solicitar el apoyo ni los sufragios de nadie, y sobre todo no obligar á que me den su voto á las personas que me lo niegan.

Edm. (*Furioso.*) Caballero! (*Mr. de Montlucar saluda á Edmond y entra por la izquierda*).

ESCENA VII.

EDMOND *solo.*

Ah! bien lo he merecido, por haberme humillado á él, por haberme envilecido mendigando su proteccion. Si á este precio se conquistan la tribuna y los empleos, quiero permanecer toda mi vida oscuro y miserable: antes quiero renunciar á la felicidad y á todas mis esperanzas... salgamos.

ESCENA VIII.

EDMOND, OSCAR RIGAUT.

Osc. Querido Edmond!

Edm. Oscar Rigaut! mi compañero de Colegio.

Osc. Sí, en el Colegio de Carlo Magno; deseaba verte... ya he sabido cuán mal saliste ayer en tu defensa...

Edm. Qué dices?... quién te ha informado...

Osc. Mi periódico, que trae todos los dias una noticia bastante exacta... pero eso no debe apurarte; si hoy caes, mañana te levantas. Pero, á qué has venido á casa de Mr. de Montlucar?

Edm. Para un asunto importante, que me interesaba mucho, y que no espero conseguir... por lo tanto voy á arrojarme al Sena.

Osc. Qué dices, hombre? mira, yo soy rico, y mi padre no me escasea nada de cuanto necesito, y si te falta dinero, te lo prestaré y me harás un recibo comprometiéndome tus bienes para el pago... Qué diablo! entre amigos...!

Edm. (*Apretándole la mano.*) Gracias, pero no es eso lo que me apura.

Osc. Pues qué?

Edm. Que no puedo salir de esta nulidad, que no puedo conseguir nada.

Osc. Es posible!... pues hombre, yo consigo todo lo que quiero.

Edm. Eso prueba en tí mucho talento, ó mucha fortuna.

Osc. Yo no te lo sabré decir, pero lo que es cierto que yo nunca he solicitado nada, como quien dice, y por todas partes...

Edm. De veras?

Osc. Lo que oyes. Hace ya tiempo que abandoné la carrera de abogado... ya lo sabrás.

Edm. Y qué haces ahora?

Osc. He escrito un libro de poesías.

Edm. Tú!

Osc. Sí.. yo... como todo el mundo. Las hice una mañana almorzando, y se titulan *El catafalco, ó poesías fúnebres de Oscar Rigaut.*

Edm. Es posible!

Osc. He adoptado la poesía fúnebre, cadavérica, y he logrado alborotar: mi obra corre por todo París... mira, mira, aquí tienes seis ejemplares.

Edm. Estoy admirado!

Osc. No has leido en los periódicos: «El jóven Oscar Rigaut, cuya imaginacion delirante le ha colocado á la cabeza de la falange literaria..." No lo has leido en todas partes?

Edm. Sí; pero yo no sabia que se trataba de tí.

Osc. De mí mismo, con todos mis títulos, (*Enseñándole el libro*), miembro de dos sociedades literarias, oficial de la guardia nacional y relator del Tribunal Supremo. El mes que viene tendré la Cruz de honor, que me toca por turno, y ya lo tengo tratado...

Edm. Con quién?

Osc. Con los nuestros... los que como yo están á la cabeza de la falange literaria, porque todos hacemos cabeza. Somos una docena de amigos que nos protegemos y nos ayudamos, y nos admiramos... una sociedad de admiracion mútua. El uno pone su dinero, el otro su talento; los hay que no ponen eso, ni nada... todo está compensado, y todos suben tirando el uno del otro.

Edm. Yo no puedo concebir...

Osc. Si quieres verlo, yo te llevaré... Qué importa uno mas?

Edm. Te doy gracias, pero no está en tu mano proporcionarme lo que yo deseo.

Osc. Qué es?

Edm. Yo quisiera ser Diputado.

Osc. Y por qué no? Quién te ha dicho que no podemos?

Edm. De veras?

Osc. Si Señor, verdaderos Diputados, Diputados que votan y que se levantan... yo no digo que hablen, pero es igual... hay tantos que no hacen otra cosa...! Tranquilízate, te haremos nombrar; te presentaré á mis amigos que muy pronto lo serán tuyos...

Edm. Cuándo iremos?

Osc. Hoy mismo: almuerzo con todos ellos en mi casa... mira, aquí tienes las señas. Irás?

Edm. (Qué arriesgo en ello? peor es tirarse al Sena.)

Osc. Irás?

Edm. Sí.

Osc. Pues hasta luego. (*Dándole la mano.*)

Edm. Hasta luego. (*Edmond se va por la puerta del fondo, y Oscar entra en la habitacion de la izquierda*).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala elegante con puerta en el fondo y dos laterales. En pimer término á la derecha, una ventana y una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

BERNARDET, OSCAR.

Osc. (*Mirando adentro.*) Que esté todo listo para las dos.

Ber. El Champaña se pondrá entre nieve, y lo mismo los cangrejos, para que se mantengan frescos.

Osc. Y habeis tenido la complacencia, Mr. Bernardet, de disponer por vos mismo el almuerzo.

Ber. Oh! ese es un favor que yo acostumbro á prodigar muy á menudo á mis amigos. Sabeis, hablando de otra cosa, que hoy se va á tratar de un asunto importante?

Osc. Si? no lo sabia.

Ber. De veras?... y este almuerzo en vuestra casa...?

Osc. Qué decís!

Ber. Eso no lo habreis hecho tal vez sin intencion! Yo tengo algunos conocimientos de frenológia, y en vuestra cabeza está muy marcada la protuberancia de la sagacidad. No es cierto?

Osc. Yo... Señor Bernardet, creo en vos y en la medicina.

Ber. Lo que yo decia: la protuberancia de la sagacidad. Y quiénes son los convidados?

Osc. Faltarán muchos amigos, porque van hoy al teatro de la ópera á oir el ensayo de la ópera de Timballini.

Ber. Es muy justo!

Osc. Pero tendremos á Dutillet, nuestro gran Editor! á Desrouseaux, nuestro gran pintor! á San Estéban, nuestro gran novelista! á Montlucar, nuestro gran... nuestro gran qué?

Ber. Economista!... nuestro gran economista.

Osc. Un escritor muy profundo, segun todos lo aseguran; pero es singular! yo entiendo el latin, y á él no he podido entenderlo nunca.

Ber. Ni nadie. Quién mas vendrá?

Osc. Mi primo el Par de Francia Mr. de Miremont, y Cesarina su linda esposa.

Ber. Me alegro: tenia que hablarla. Y ha aceptado Mr. de Miremont!

Osc. Seguramente; aunque segun creo, su muger no era muy gustosa...

Ber. Entónces no le espereis; porque Mr. de Miremont no es otra cosa que lo que su muger quiere que sea. Mr. de Miremont es un hombre de mérito; pero de un mérito reservado que en la carrera de los empleos y de la ambicion adelanta poco, pero no retrocede jamas. Nombrado en 1804 miembro del Senado Conservador, no ha pensado desde entónces en otra cosa que en conservar su empleo, y de tal modo lo ha logrado que en el dia desempeña ocho, es decir, tiene ocho empleos.

Osc. Ocho empleos!

Ber. Ocho... y todavía le teneis en Luxemburgo Par de Francia como lo era en tiempo de la *Res-*

tauracion. Enemigo de cualquier sacudimiento que pueda comprometer su opinion, es el partidario acérrimo de todo Gobierno que se sostiene, y de todo lo que existe, pero sin dar la cara, sin comprometerse. Así es que cuando se anuncia alguna revolucion ó algun proceso político, cae enfermo dos meses antes, y yo que soy su médico no le doy por convaleciente hasta que no se ha pronunciado el juicio ó ha triunfado alguno de los partidos. Por lo demas, es un pobre hombre que se deja llevar por cualquiera, y sobre todo por su muger; y por eso os digo que si ella no es gustosa es dificil que venga.

Osc. Pero me ofreció formalmente... oís? (*Mira por la ventana*) un coche ha entrado en el patio, y es el suyo. Lo creeis ahora?

Ber. Todavía no.

Osc. Voy á recibirlo .. ah! se me olvidaba... tengo que recomendaros á un amigo.

Ber. Quién es?

Osc. Un abogado.

Ber. Y qué tal...?

Osc. Tiene mucho talento.

Ber. No os pregunto eso. Es buen compañero?

Osc. Se echará al fuego por sus amigos.

Ber. Eso es lo que necesitamos... bien, le protegeremos. Y cuándo vendrá?

Osc. Hoy almuerza con nosotros.

Ber. Eso basta: yo le sondearé en un instante.

Osc. Ahí está mi hermosa prima.

ESCENA II.

LOS MISMOS, CESARINA, MR. DE MIREMONT.

Osc. Al fin os habeis dignado, Sr. Conde...

Mir. Sí, amigo mio, he venido para avisaros que me era imposible asistir...

Ber. (*Aparte á Oscar.*) No os lo decia?

Mir. Se va á tratar hoy un asunto importante en la Cámara de los Pares, y me es imposible faltar.

Osc. Pero una vez tan solo...

Mir. Lo mismo me decia mi muger no hace mucho...

Osc. De veras?

Mir. Porque las mugeres no conocen la importancia de estas cosas: ellas no ven mas que lo que las halaga; pero nosotros... Oh! Por otra parte, Cesarina es bastante razonable... yo... siempre hago su voluntad, cuando se trata de asuntos de poca entidad, pero tocante á negocios de Estado, sabe que soy inexorable.

Cesar. Y lo que es hoy me hareis la justicia de añadir que no he insistido mucho tiempo.

Mir. Es verdad.

Ber. Lo ois? no ha insistido... es señal de que no queria venir. (*Aparte á Oscar.*)

Cesar. Pues entre tanto que vos os ocupais de vuestros graves asuntos en la Cámara alta, iré, si no os oponeis, al Conservatorio:::

Mir. (*Tendiéndole la mano.*) Amiga mia...

Cesar. La muger del Ministro me ha ofrecido un asiento en su palco. Tomad el coche, y que venga despues á buscarme aquí... tengo que hablar entre tanto á Mr. Bernardet.

Ber. Estoy á vuestras órdenes.

Cesar. Oscar, acompañad á vuestro primo hasta el coche.

Mir. No hay necesidad...

Ber. Efectivamente, el Señor Conde no necesita de ningun apoyo... tiene en su edad una agilidad estremada.

Osc. (*Agarrando del brazo á Mr. de Miremont.*) Sin embargo...

Mir. Adios, querida mia, dentro de un cuarto de hora te enviaré el coche.

ESCENA III.

BERNARDET *y* CESARINA.

Ber. Teníais muchos deseos de ir á ese concierto, segun veo.

Cesar. (*Sonriéndose.*) De veras?

Ber. Aunque sea esto muy poco lisongero para nosotros...

Cesar. Es verdad, Doctor. Ayer estuve en casa del Ministro, que está ahora mas en favor que nunca; así es que tenia una infinidad de gente en el recibimiento, y me fué imposible hablarle un instante. Apenas tuvo tiempo para decirme «Vais mañana al concierto? mi palco está á vuestras órdenes.” Despues añadió á media voz «No falteis, tengo que hablaros.”

Ber. Sobre qué?

Cesar. No lo sé... probablemente será sobre la ley que se debe votar mañana.

Ber. Dicen que no pasará.

Cesar. Le faltan cuatro votos, y es preciso que se los busquemos.

Ber. Y cómo?

Cesar. Ya lo pensaré. — Despues que le haya hablado...

Ber. Y si teneis tiempo, porque el concierto será largo, podeis hacerle alguna indicacion sobre aquel asunto...

Cesar. Ya... aquella plaza en la escuela de medicina.

Ber. Todo el mundo me designa como el mas digno de ocuparla. Ademas, el gobierno debe tener un interés en que haya un profesor que le sea adicto, que ejerza alguna influencia sobre esa juventud turbulenta. En los dias de conflagracion con algunas frases como «Mis estudiantes, amigos mios, *&c.*" Se hace uno popular, y no hay puesto por alto que sea que no se pueda alcanzar pòr este camino. *Sic itur ad astra.* Perdonad si os hablo en latin... la fuerza de la costumbre...

Cesar. Ya conozco, Doctor, vuestro talento y actividad, cuando se trata de vuestros intereses.

Ber. Y los de mis amigos. Yo os debo una numerosa clientela, es verdad... vuestras jaquecas y vuestros espasmos nerviosos me han acreditado en estremo; pero... confesareis que no he sido ingrato. Gaceta ambulante, boletin domiciliario, yo no hablo en todas partes sino de vos, de vuestra brillante sociedad, de vuestro crédito...

Cesar. (*Levantándose y agarrándole la mano.*)—Ya lo sé, Doctor, y podeis contar conmigo.

Ber. Hablareis al Ministro?

Cesar. Hoy mismo.

Ber. Una palabra; es zeloso vuestro marido?

Cesar. Esa pregunta...

Ber. Es cosa que os interesa. Es zeloso?

Cesar. Si yo quiero, sí: es uno de mis recursos; pero solo le empleo cuando es de absoluta necesidad. Por qué es esa pregunta?

Ber. Porque dicen que el Ministro está enamorado de vos.

Cesar. Mi marido es accionista de uno de los periódicos mas acreditados.

Ber. Ya lo entiendo.

Cesar. Y quién ha dicho eso?

Ber. Es una voz vaga que todavía no tiene consistencia. Quereis que se la deje correr ó que se la desmienta?

Cesar. Podeis decir que perdería su tiempo.

Ber. Ya lo sabia yo... rodeada de adoradores, pero insensible á sus obsequios, ni amais, ni habeis amado jamas.

Cesar. Acaso os equivocais... acaso hay en el mundo una persona, á quien en otro tiempo hubiera sacrificado la posicion mas brillante.

Ber. Ya... algun jóven que os adoraba.

Cesar. Al contrario, yo creo que me aborrecia... pero no hablemos mas de eso... decidme, con qué objeto se ha dispuesto este almuerzo.

Ber. Todos nuestros amigos vienen hoy á deliberar con el Champaña, sobre un asunto importante. Tenemos entre nosotros grandes artistas, grandes escritores, pero nos falta un Diputado, un Diputado nuestro que nos proteja...

Cesar. Ciertamente.

Ber. La Diputacion por San Dionisio está vacante, y antes de hablar á los electores, es preciso que elijamos entre nosotros cuál ha de ser nombrado.

Cesar. Ya... es una junta preparatoria. Y habeis ya decidido algo?

Ber. Esperaba saber vuestra opinion.

Cesar. Vos...

Ber. (*Despues de reflexionar.*) No... yo sería Diputado para...

Cesar. Para conseguir un empleo.

Ber. Y cuando el empleo se ha conseguido...

Cesar. Es inútil...

Ber. Seguro... pierde uno en los negocios del pais un tiempo precioso que puede emplear en los suyos propios. Yo no digo que algun dia...

porque tengo otros cálculos que no podeis adivinar.

Cesar. (*Con malicia.*) Los proyectos de ambicion se adivinan muy fácilmente: yo sé que en mi familia...

Ber. Quién! yo, Señora...

Cesar. Me alegraria de engañarme; pero volviendo á la Diputacion, habeis pensado algo?

Ber. Uno hay que aparenta no quererlo, pero que desea ser nombrado... Mr. de Montlucar.

Cesar. Y al mismo tiempo solicita entrar en la Academia de Ciencias morales y políticas... es demasiada ambicion, es preciso que todos se coloquen.

Ber. Es muy justo.

Cesar. Yo quisiera que empleáseis toda vuestra influencia por una persona cuyos adelantos deseo.

Ber. Quién?

Cesar. Mi primo Oscar.

Ber. Mucho habeis hecho ya por él, y ademas de eso vos misma no dejareis de conocer que es un hombre inútil.

Cesar. Lo sé mejor que vos; pero es mi pariente, y yo debo mirar por mi familia. Tambien estoy pensando en cómo emplear á su padre, que está oscurecido en un rincon de Provincia.

Ber. Qué sabe hacer?

Cesar. Nada.

Ber. En ese caso podreis colocarle en el Ministerio de Instruccion pública, en cualquiera Inspeccion...

Cesar. Su hijo tiene cuatro empleos y no hace nada.

Ber. De ese modo el padre ayudará al hijo.

Cesar. Eso aun necesito pensarlo, pero en cuanto á Oscar es cosa convenida.

Un criado que entra. El coche de la Señora.

Cesar. Ah! Dios mio! ya habrá empezado el concierto, y no podré oir la Sinfonía en *re* menor.

Adios, Doctor... contad con mi palabra.
Ber. Y vos con la mia. Cuándo iré por la respuesta
Cesar. Hoy mismo, á mi casa.
Ber. Y yo os viviré reconocido.

ESCENA IV.

BERNARDET *solo.*

Segun creo no le han agradado mucho mis proyectos de ambicion. Oh! la hermosa Agata! está visto; Cesarina no quiere que haya matrimonios ventajosos como no sean los suyos, y no parece sino que en materia de casamientos se ha reservado el monopolio esclusivo de los Pares de Francia. Paciencia, ya llegará algun dia en que necesite de mí, y entónces hablaremos.

ESCENA V.

BERNARDET, OSCAR *y* EDMOND.

Osc. Bernardet! os presento un convidado. (*En voz baja á Edmond.*) Este es de los nuestros. (*A Bernardet.*) Este caballero es un amigo antiguo, mi compañero de Colegio, de quien os hablé esta mañana.
Ber. Ah! el distinguido abogado de quien hemos estado hablando tanto tiempo!
Osc. El mismo...
Edm. Gracias... yo no me atrevia á esperar...
Ber. Con un mérito como el vuestro se debe esperar todo.
Edm. Mi amigo Oscar se ha dignado hablaros de mí?

Ber. No tenia necesidad de eso. Una reputacion européa como la vuestra, un nombre tan conocido... Cómo se llama? (*Volviéndose y viendo á Oscar, á quien creia tener á su lado, y que está dando órdenes á un criado.*) Es igual...vos, amigo mio, habeis sabido hermanar la elocuencia con el foro moderno.

Edm. Caballero!...

Ber. Y esa delicadeza de diccion, esa gracia con que sabeis sazonar vuestros discursos sin que perjudique á la fuerza de los argumentos, vuestra voz clara y sonora...

Edm. Me habeis oido alguna vez?

Ber. Siempre que teníais alguna causa iba yo al Tribunal.

Osc. De veras? ya ves como te conoce... y no me habia dicho nada.

Ber. (Que necio!)

Edm. Y habeis oido mi última defensa?

Ber. No estaba bien colocado porque habia mucha gente y perdí mucho de vuestro discurso; sin embargo, yo me decia, ¡con cuánto placer sería yo amigo de este hombre! porque yo soy el amigo de todos los hombres de talento, y gracias á Oscar, se han cumplido mis deseos.

Edm. Es posible!

Osc. Ya ves... lo que yo te decia: ya estás admitido. No es verdad que es muy franco y muy amable?

Edm. Seguramente.

Osc. Pues todos nuestros amigos son idénticos.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, SAN ESTEBAN, DESROUSEAUX *y* DUTILLET.

Osc. Ola! aquí están ya... voy á mandar que nos sirvan el almuerzo.

Dut. Doctor... (*A Oscar en voz baja.*) Quién es ese jóven que está con Mr. Bernardet?

Osc. Un nuevo amigo, Bernardet que le conoce mucho, os le presentará. Yo voy á mandar que abran las ostras... Doctor, haced mis veces. (*Váse por la izquierda.*)

Ber. (Ese imbécil nos deja!...)

Dut. (*A Edmond.*) Un amigo del Doctor debe serlo igualmente nuestro.

Desrou. Porque todos nosotros no somos mas que uno.

Edm. Señores, no me considero digno de tan lisongero recibimiento.

Ber. No lo creais... pura modestia. Aquí, amigo mio, hemos suprimido la modestia; cada uno debe saber lo que vale, y vos, mi elocuente Ciceron, tambien lo sabeis. Sí, señores, un abogado distinguido.

Desrou. El Señor es abogado?

Dut. Desde que Oscar se hizo poeta no hemos tenido ninguno.

Ber. Y Oscar, que no viene! (*Toma la mano de Edmond y la presenta á Mr. Dutillet.*) Mr. Dutillet, el librero que conduce á nuestros amigos al templo de la inmortalidad caminando adelante.

Dut. Favor, puro favor...

Ber. Es natural, el que conduce el carro debe llegar el primero. Inventor del papel satinado, de las márgenes de ocho pulgadas y de los carteles de quince pies cuadrados: en este momento está inventando uno de treinta. (*Acercándose á Desrouseaux.*) Nuestro Desrouseaux, nuestro gran pintor que ha inventado el paisage romántico: genio creador, no se ha humillado como los demas á imitar la naturaleza, y ha inventado una que no encontrareis en ninguna parte, porque no existe

(y Oscar que no viene!) (*Aproximándose á San Estéban*) nuestro gran poeta, nuestro gran novelista, que se ha colocado en el campo de la literatura como el obelisco con su pesada mole y sus geroglíficos... (*Viendo venir á Oscar.*) Ah! acabárais de llegar: Venid, y ayudarme á pasar revista á todas nuestras notabilidades.

Osc. Entónces no almorzaremos en todo el dia. (*Dirigiéndose al fondo del teatro y hablando á los criados.*) Traed aquí la mesa, traed el Champaña, y las ostras si se han acabado de abrir. (*Volviéndose hácia el proscenio y viendo á Desrouseaux que da la mano á Edmond.*) Ola! parece que ya se ha hecho conocimiento.

Ber. Seguro... Todos estos Señores le conocen tan bien como yo. (*Oscar y Edmond se dirigen al fondo hablando.*)

Dut. (*A Desrouseaux.*) Sabes su nombre?

Desrou. No... y tú?

Dut. Tampoco; pero debe ser hombre de gran talento y muy conocido... todo el mundo le conoce.

Desrou. Y puede sernos muy útil.

Dut. Desde luego me defenderá *gratis* todos mis pleitos, y ya tiene obra... yo tengo todos los dias pleitos con los autores.

Desrou. (*A Edmond.*) Yo espero que me permitireis que os litografie: hace mucho tiempo que esperan con grande impaciencia vuestro retrato.

Edm. Qué decís!

Osc. Es preciso... todos estamos litografiados en mangas de camisa y sin corbata: es de rigor. El *negligé* del entusiasmo...! este es un medio de presentarse en todas partes y de hacerse conocer.

Est. Este caballero me permitirá que hable de él en mi primera novela. Tengo en ella un párrafo

lleno de calor sobre la profesion de abogado que parece haber sido escrito para él.

Edm. Tantos favores!

Est. Y vos hareis mencion de mí en vuestro primer discurso.

Dut. Y yo tiraré de él dos mil ejemplares: dadme vuestras improvisaciones el dia antes, y cuando salgais de la Audiencia tendreis ya pruebas.

Est. Y anuncios en todos los periódicos.

Ber. Y elogios en todas las sociedades.

Osc. Ya lo ves, amigo mio, estos son adelantos positivos: lo que yo te decia, adelantos por seguros mútuos.

Edm. Es muy singular.

Ber. Y por qué? estamos en un siglo de accionistas, y todo se hace por empresas y asociaciones, ¿por qué no las ha de haber de reputaciones?

Dut. Tiene razon.

Ber. Uno solo vale poco cuando trata de elevarse; pero subidos unos sobre los hombros de los otros, el que está arriba, por pequeño que sea, es un grande hombre. Hoy, por ejemplo, vamos á tratar de un negocio importante, del que podemos hablar ahora, puesto que el almuerzo no viene.

Osc. Es que como aun no han llegado todos... (*Sale un momento de la escena.*)

Ber. Se trata, amigos mios, de la Diputacion de San Dionisio.

Edm. (Cielos!) Y creeis que será posible...

Ber. Eso depende de nosotros y del que resulte elegido. Él debe tambien protegernos...

Edm. De veras?

Ber. Este es el secreto de nuestra fuerza, amistad á toda prueba, alianza ofensiva y defensiva; vuestros enemigos lo serán nuestros.

Est. Los atacarémos en verso y prosa.

Ber. Pero con la condicion de que habeis de pagarños del mismo modo, y si casualmente en la Audiencia, en alguna causa ruidosa, encontrais ocasion de atacar á uno de vuestros cólegas...

Edm. Permitidme, caballero...

Ber. Un abogadillo, que en cierto discurso se atrevió á mofarse de mí... un hombre oscuro... desconocido... un tal Edmond de Varennes.

Edm. Caballero!...

Osc. (*Al oido de Edmond.*) Cállate, yo no le habia dicho tu nombre; pero por lo demas, ya ves que está muy dispuesto á tu favor.

Edm. Sí... ya lo veo.

Osc. Aquí tenemos otro convidado.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, *y* MR. DE MONTLUCAR.

Dut. Mucho ha tardado sabiendo que iba á tratarse de una cosa que tanto le interesa. Hace poco me habló para que le diese mi voto.

Desrou. Y á mí tambien.

Ber. Y á mí... pero es necesario antes de todo presentarle á nuestro nuevo amigo. (*Toma á Edmond de la mano y le presenta á Mr. de Montlucar.*)

Edm. Mr. de Montlucar!

Mont. Cielos!

Ber. Gracias á Dios que hay uno que le conoce.

Mont. Vos aquí?

Edm. Yo podia haceros la misma pregunta; vos que no quereis ser Diputado, que no solicitais los sufragios de nadie...

Mont. He seguido vuestro ejemplo. (*A los demas.*)

Este caballero es un liberal que viene á mendigar el voto de un legitimista.

Edm. El Señor es un legitimista que viene á mendigar el voto de todo el mundo.

Ber. ¿Pero qué importa todo eso, Señores? aquí no hay mas que amigos, la amistad no tiene mas que una opinion; cada uno en particular tenga la suya enhorabuena... tanto mejor, porque así tendrémos apoyos en todos los partidos. (*A Edmond.*) Vos sois partidario del Imperio, y (*Montlucar*) vos de la Monarquía, mi amigo Dutillet de la República y yo de todos: union admirable, y tanto mas sólida, cuanto que tiene por base lo que hay de mas sagrado y respetable en el mundo... nuestro interés. (*Tomando la mano de Montlucar.*) Dadme vuestra mano. (*A Edmond.*) La vuestra.

Edm. (*Retirándola.*) No, nunca, yo no podia imaginarme lo que acabo de ver y de oir. Yo no sabia que la primera condicion para ser vuestro amigo era prostituir su opinion y su conciencia al servicio de vuestros intereses. No, yo no lo haré nunca.

Ber. Cómo! un traidor entre nosotros!

Dut. Un traidor á la amistad!

Edm. No ultrajeis tan sagrado nombre; la amistad no conspira, no se oculta. Aquí no hay mas que complots, intrigas culpables, manejos que el éxito puede coronar tal vez; pero cuyo triunfo dura poco. Sí, el que sube por la intriga, caerá por la intriga, porque nada subsiste sino el talento: la intriga puede retardar, pero no impedir que suba, y cuando llegue su dia, cuando brille su luz, ya habreis entrado en la oscuridad que os espera y os reclama.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, *menos* EDMOND.

Ber. Pero quién es ese hombre?

Mont. Mr. Edmond de Varennes.

Osc. A quien vos conoceis perfectamente.

Ber. Por fuerza debe de estar loco ese hombre... Ocupémonos de cosas mas sérias. (*En este momento salen Leonardo, Savignac y Pontigni. Oscar se vá.*) Ya que estamos todos reunidos, Señores, se trata de nombrar entre nosotros un Diputado... Quién se considera mas acreedor á ser elegido? (*Todos hacen un gesto.*) Ya entiendo... Todos, todos son acreedores; pero, por el mismo interés de la asociacion, es necesario elegir al que pueda sernos mas útil, tendiéndonos una mano protectora desde la tribuna.

Dut. Me parece, Señores, que por mis relaciones íntimas con todo lo que se imprime y publica, puedo mejor que ningun otro...

Mont. Señores, creo que por mi posicion social, mis relaciones de familia, mi nacimiento y riquezas, podia mejor que mi digno compañero...

Ber. (Ya se les figura que están en la Cámara.)

Mont. Ofreceros un apoyo firme...

Est. Y por eso mismo, Señores, me parece que arrojando en medio de la Cámara una reputacion tan colosal y piramidal como la mia...

Dut. Permitidme que os diga...

Est. Dejadme acabar.

Dut. Yo os comprendo.

Est. Os engañais.

Dut. Digo que os comprendo, y por eso pido se proceda á la votacion.

Leo. Será unánime.

Pont. Es claro.

Sav. No habrá mas que un voto.

Todos. A la votacion, á la votacion.

Ber. Y cómo ha de hacerse?

Mont. Nada hay mas fácil: cada uno escribe en un papel el nombre de su candidato, y es negocio de un minuto. (*Todos se ponen á escribir, y Oscar durante este tiempo hace traer las ostras y colocar las sillas.*)

Osc. Señores, la mesa espera.

Ber. (Yo he nombrado á Oscar, ahora salga el que salga.)

Leo. Dejadnos un instante.

Mont. Estamos ocupados de cosas muy importantes.

Osc. No conozco nada mas importante que almorzar. Ah! se me habia olvidado el *Grave.* (*Se vá.*)

Dut. (*Leyendo las papeletas.*) San Estéban, uno. Montlucar, uno. Desrouseaux, uno. Dutillet, uno. Leonardo, uno. (*Lée los demas para sí.*)

Ber. (*Mirando las papeletas.*) Es particular! todos tienen un voto.

Sav. Ménos vos, Doctor.

Ber. Lo que vos decíais, la votacion será unánime. (Ya lo debia de haber previsto... cada uno se ha nombrado á sí mismo.)

Dut. Es singular! (despues de lo que me habian ofrecido...)

Mont. Sí, es estraordinario!... (despues de lo que habíamos convenido...)

Pont. Volvamos á empezar.

Ber. (*En voz baja á Montlucar, que va á escribir.*) La segunda diputacion será para vos, y Madama de Miremont os la ofrece con tal que deis ahora vuestro voto por su primo Oscar.

Mont. Lo prefiero á ese estúpido de San Estéban..., ó á ese republicano de Dutillet.

Ber. (*A Dutillet en voz baja.*) Madama de Miremont os promete que sereis nombrado á la primera ocasion, con tal que elijais á su primo Oscar.

Dut. Ese majadero... bien; le prefiero mil veces á ese jesuita de Montlucar. (*Los demas escriben, y Bernardet habla al oido á varios de ellos.*)

Osc. Señores... vamos, luego podeis escribir.

Dut. (*Haciendo el escrutinio.*) Oscar, uno; Oscar, dos; Oscar, tres!... está nombrado... nombrado por una imponente mayoría.

Osc. Qué es eso? de qué se trata?

Ber. Que sois Diputado! *Tu Marcellus eris!*

Osc. Yo!...

Dut. Sí, Diputado por San Dionisio.

Osc. Es posible! yo que nada sabia... vamos, no dirán que ha habido intriga.

Mont. Cuando hay mérito en el hombre, no necesita de la intriga para brillar.

Ber. Ea, compañeros, juremos emplear todo nuestro crédito...

Dut. Toda nuestra influencia y nuestros amigos...

Ber. Para hacer nombrar Diputado á nuestro amigo Oscar Rigaut.

Todos. Todos lo juramos.

Ber. (*Echando Champaña en una copa.*) Y ahora bebamos por su nombramiento.

Osc. Señores, por la amistad.

Todos. (*Haciendo chocar las copas llenas de Champaña.*) Amistad eterna!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala lujosamente amueblada en la casa de Mr. de Miremont, una puerta en el fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

AGATA *saliendo por la puerta de la derecha.*

Oir semejantes cosas y no atreverse á hablar!... hace una hora que está mi madrastra elogiando á su primo Oscar delante de mi padre: quiere que le nombren Diputado... Diputado ese imbécil! y el pobre Edmond, que no tiene mas apoyo que su mérito, y yo!... yo que le amo... Dios mio!

ESCENA II.

AGATA, *y* ZOÉ.

Zoé. Agata!
Agat. Eres tú, amiga mia?
Zoé. Sí... vengo á pasar el dia contigo.
Agat. Cuánto te lo agradezco!
Zoé. Mi marido está ocupado en negocios de suma gravedad; ha ido á San Dionisio con motivo de las elecciones...
Agat. Cómo! pretende ser nombrado?
Zoé. No, va á hablar por Mr. Oscar Rigaut.
Agat. Tambien él... todos están en su favor. Un hombre que es la ignorancia misma.

Zoé. Por eso le nombran... porque ninguno le teme.

Agat. Y nuestro pobre Edmond?

Zoé. Francamente... me parece que puede desechar toda esperanza.

Agat. Qué dices? sin duda por eso estaba tan agitado cuando le ví esta mañana.

Zoé. Yo lo creo; la injusticia y el infortunio han agriado su carácter, y tú no sabes de lo que es capaz... hace un momento entré en mi casa, donde habia dicho que no volveria hasta la noche, y me encontré una carta suya, una carta que me ha llenado de indignacion.

Agat. Y qué dice?

Zoé. Ah! léela.

Agat. (*Leyendo.*) «Todos mis esfuerzos son inútiles: no tengo valor para luchar por mas tiempo. Oscar será el elegido, y yo... no puedo soportar mi desgracia. Vos, que habeis sido mi amiga y sereis mi única confidenta, adios! Un amor sin esperanza ha martirizado mi vida; pero esta noche, cuando leais mi carta, no me tengais lástima, porque... habré dejado de padecer."—Ah! (*Dando un grito.*)

Zoé. No temas; ya he enviado á buscarle á su casa y pronto vendrá aquí para que ambas le riñamos; porque á la verdad, ese es un disparate. Si los amantes desgraciados no tienen paciencia y empiezan por matarse, qué va á ser de nosotras? Pobre Edmond! Yo no me consolaria nunca.

Agat. Y yo!... me moriría de pena.

Zoé. Qué dices?

Agat. Lo que hasta ahora te he ocultado á tí, á él, lo que yo hubiera querido ocultarme á mí misma. Sí, yo le amo desde el tiempo en que nos llamaba hermanas, y él tambien me ama, pero con un

amor respetuoso, que ha ocultado en el fondo de su corazon, y que yo he adivinado tal vez antes que él mismo. Ah! si yo fuese dueña de disponer de mi mano y de mis bienes, no sería Edmond desgraciado. Pero qué tienes?

Zoé. Nada, continúa.

Agat. No, te veo inmutada.

Zoé. Pues bien, tienes razon, lo estoy: has hecho bien en esplicarte conmigo; no porque yo esté de ningun modo enamorada de él; pero como esta carta no nombraba á nadie... te lo confieso, creí que era por mí: esto halaga siempre: en fin, no pensemos mas en ello, puesto que este asunto ha concluido lo mejor posible para mí... y para mi marido.

Agat. Pero ese infeliz...

Zoé. Oye: puesto que todo el mundo conspira contra nuestro pobre Edmond, formemos nosotras una liga en su favor.

Agat. Buen apoyo!

Zoé. No tienen los hombres sus pandillas? por qué no las hemos de tener tambien nosotras?

Agat. Pero no tendrá la nuestra tanto poder; cómo habíamos nosotras de disipar los obstáculos que se ofrecen á su elevacion? Cómo conseguir que le nombrasen Diputado?

Zoé. Tal vez no será dificil, sinó por nosotras mismas, por aquellas personas en quienes ejercemos alguna influencia; pero en primer lugar, no hay que decir nada á Edmond, porque sería echarlo todo á perder.

Agat. Nada sabrá.

Zoé. Tú procura ganar al Doctor Bernardet, al confidente de tu madrastra: es hombre que puede sernos útil, y que manifiesta mucho cariño há-

cia tí. Siempre está temiendo que te resfries, y siempre te trae en los bolsillos pasta pectoral para si te oye toser.

Agat. Sí, ya lo he notado, y aun en confianza te diré que creo que me hace la rueda.

Zoé. A tí...

Agat. No, á mi dote.

Zoé. Entónces nada hemos dicho... él no querrá proteger á un rival.

Agat. Qué recurso nos queda?

Zoé. (*Con alegría.*) Ah! ya tengo uno... todo depende de tu madrastra, ella dirige esos complots y es preciso hacer por ganarla.

Agat. Pues cómo?

Zoé. Nada hay mas fácil, si Edmond consiente en ser un poco amable, un poco galante con ella...

Agat. Qué dices?

Zoé. Y la haga creer que la ama.

Agat. No me gusta ese medio... es malo, impracticable, y él ademas no querrá tampoco, porque la detesta.

Zoé. Ya lo sé.

Agat. Y mi madrastra tambien le aborrece.

Zoé. Eso... no sé. En fin, tranquilízate que yo haré lo que juzgue mas conveniente.

Agat. Pero, qué vas á hacer?

Zoé. Qué te importa? ni tú ni Edmond os mezclareis en nada; yo quiero terminar este negocio.

Agat. Pero vas á grangearte una enemiga mortal.

Zoé. Sin esto lo es ya hace mucho tiempo. Si lo consigo, Agata, aseguro la suerte de un amigo, su felicidad, la tuya, (*Alargándole la mano*) la mia tambien.

Agat. Amiga mia!

Zoé. Ahí está tu madrastra: qué pensativa viene!

Agat. Siempre está así.

Zoé. Eso cae bien á las mugeres que son hombres de Estado. Déjanos solas.

ESCENA III.

ZOÉ, *y* CESARINA.

Cesar. (*Sale pensativa y se sienta en una silla á la derecha.*) — Bernardet ha sido nombrado... pero el Ministro me ha dicho «me faltan cuatro votos para que se apruebe la ley..." si yo pudiese proporcionárselos, mi valimiento no tendría límites. Pero es imposible... Si Oscar fuese Diputado, tendríamos ya uno, sería un cero que podría servir de algo, pero ya no será tiempo.

Zoé. (Aunque tenga que interrumpir sus reflexiones diplomáticas...) (*Acercándose.*)

Cesar. (*Viéndola.*) Madama de Montlucar!

Zoé. Querida Cesarina...!

Cesar. Vos por acá? mucho lo estraño.

Zoé. Por qué?

Cesar. Mr. de Montlucar suele favorecernos muy á menudo con sus visitas, pero vos sois menos amable, ó mas orgullosa.

Zoé. Es que desde que nos conocimos en el Colegio...

Cesar. (Nunca habla dos palabras sin acordarse del Colegio.)

Zoé. Ha dado el tiempo tantas vueltas...

Cesar. No sé...

Zoé. Desde que érais nuestra aya...

Cesar. (*Con orgullo.*) No sé que haya ninguna diferencia.

Zoé. (Insolente!)

Cesar. (*Con amabilidad.*) Solo sí veo que desde que

mejoró mi situacion he caido en vuestra desgracia, y de eso me quejo.

Zoé. (Me vende ahora proteccion.)

Çesar. Yo por mi parte nunca he olvidado á mi amiga Zoé, tan amable, tan sencilla...

Zoé. Quereis decir tan simple! (*Con aire burlon.*) Teneis razon, por eso envidio yo en vos esa sutileza, esa sagacidad que dirige todas vuestras acciones, y es seguro que ahora como en el tiempo que estábamos en el Colegio, necesito aprender de vos.

Cesar. Basta, querida Zoé, me estais adulando, sin duda me necesitais para algo.

Zoé. Lo que yo decia, teneis una sagacidad...!

Cesar. Decidme lo que querais; venís de parte de vuestro marido?

Zoé. No.

Cesar. Por vos misma?

Zoé. Ménos.

Cesar. Pues por quién?

Zoé. Eso es lo que no me atrevo á deciros, y casi estoy arrepentida de haber dado este paso.

Cesar. Qué simpleza! Entre nosotras...

Zoé. Se trata de un negocio de uno de nuestros mas antiguos amigos, cuya vida está en gran peligro.

Cesar. Quién?

Zoé. Edmond de Varennes.

Cesar. (*Procurando ocultar su turbacion.*) Edmond!

Zoé. (No me engañé, le amaba.)

Cesar. Su vida está en peligro!

Zoé. Sí, y vos sois la causa... el amor que os ha profesado...

Cesar. (*Turbada.*) A mí!...

Zoé. (Le ama todavía.)

Cesar. No puedo creer lo que me decís, Zoé, amarme el que huye siempre de mí! que me ha mani-

festado mil veces un implacable aborrecimiento!
Zoé. Considerad tambien lo que pueden el amor propio, y los zelos en el alma de un jóven. Ha perdido todas sus esperanzas, os vé casada con otro hombre y no quereis que huya de vos, que os manifieste su resentimiento? leed esta carta, ella os lo dirá mejor: vereis el estado á que habeis reducido á ese infeliz.
Cesar. Dios mio! (*Lée la carta para sí.*) Es verdad! Con que me amaba sin decírmelo!
Zoé. Y nunca os lo dirá... yo os lo aseguro.
Cesar. (*Devolviéndole la carta.*) Bien, no importa... yo estraño mucho que me hayais traido esta carta.
Zoé. Y qué queríais que hiciese? estaba tan aturdida! creía que fuese mejor dar este paso, que él no sabrá nunca, que dejarle morir.
Cesar. Pero qué quereis que yo haga? yo no debo verle ni hablarle.
Zoé. Eso es claro; pero á lo menos, no lastimeis su cariño con vuestro aborrecimiento; porque su mayor pena es que está persuadido de que sois su enemiga declarada.
Cesar. Yo!...
Zoé. Ya lo habeis visto por esa carta; estaba en el número de los candidatos para la eleccion de Diputado, y todas sus esperanzas se fundaban en eso, y vos apoyais con vuestra influencia á un pariente vuestro que regularmente lo conseguirá. Os parece justo?
Cesar. No... no, Zoé... teneis razon, antes de todo es la justicia; yo os respondo de que si es tiempo todavía... en fin, yo veré. No estoy segura de conseguirlo, pero pondré todos los medios.
Zoé. Eso es todo lo que yo os pido.
Un criado. El Doctor Bernardet!

ESCENA IV.

DICHAS, BERNARDET.

Ber. He recibido mi nombramiento, por lo que os doy mil gracias: vos sois mi ángel tutelar. En recompensa tampoco he descuidado vuestro encargo, y en este momento acabo de llegar de San Dionisio con Mr. de Montlucar, (*á Zoé*) vuestro marido, que me ha dado un asiento en su *tilbury*.

Cesar. y Zoé. (*Con impaciencia.*) Y qué?...

Ber. Pues... (*Mirando á Zoé con desconfianza.*)

Cesar. Podeis hablar lo que querais.

Zoé. Sí, Doctor, soy de los vuestros.

Ber. Pues bien, Señora, todo va perfectamente.

Cesar. Cómo?

Ber. Ahora acabamos de salir de la junta preparatoria del primer colegio: Oscar ha hablado á los electores, y su improvisacion ha producido el mejor efecto, salvo uno ó dos párrafos en que le ha faltado la memoria. Pero por lo demas ha estado bien el discurso; nuestro amigo San Estéban lo ha escrito, y esta tarde lo publicaremos en el periódico con notas y reflexiones imparciales del redactor, y entre paréntesis «Señales de aprobacion general."

Cesar. Con que toda la asamblea estaba en su favor!

Ber. Nada de eso: una tercera parte lo mas, compuesta de nuestros amigos, de los dependientes de Mr. de Montlucar y de algunos papanatas indecisos que eran de nuestra opinion, porque al entrar en la sala se habian puesto á nuestro lado; el resto se manifestaba dispuesto á hacer la oposicion cuando yo eché mano de nuestro último re-

curso; me coloqué frente por frente de él y le ata-qué bruscamente sobre sus opiniones.

Cesar. Si él no ha tenido jamas ninguna.

Ber. Mejor, así puede adoptar la que mas le acomode. Pues, como decia, despues que acabé de hablar, volvió Oscar á tomar la palabra y dijo..

Cesar. Qué?

Ber. El segundo discurso preparado para la respuesta: rechazó todos mis argumentos con calor, y yo me ví obligado á convenir en que tenia razon, y los nuestros empezaron á gritar «lo oís? hasta sus mismos enemigos se ven precisados á hacerle justicia." Este golpe teatral diestramente manejado nos atrajo á los inocentes, á los de reata; los que sin saberlo componen la mayoría.

Zoé. (*A Cesarina.*) Elegirán á Oscar.

Ber. Yo respondo de ello, y el éxito es seguro siempre que vuestro marido le presente en el segundo colegio, donde estarán sus dependientes. Ah! ya veo al Sr. Conde vestido y...

ESCENA V.

DICHOS, MR. DE MIREMONT.

Mir. Sí, Doctor, solo espero á que venga Oscar para que vayamos á la junta preparatoria.

Zoé. (*A Cesarina aparte.*) (Por Dios, impedid que vaya.)

Cesar. Y cómo, si yo le he persuadido á ello?

Zoé. Habladle mal de vuestro primo.

Cesar. No hace mucho que le he hecho mil elogios de él?

Zoé. Y entónces?

Cesar. Teneis razon, pero... él viene allí.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, OSCAR.

Zoé. Venir en el momento en que se va á hablar mal de él... los necios tienen fortuna.

Osc. Vengo, querida prima, á participaros el triunfo que acabo de obtener.

Cesar. Ya nos lo ha contado el Doctor.

Osc. Que se ha portado perfectamente, lo mismo que Mr. de Montlucar y todos nuestros amigos. Es verdad que yo tambien he hablado perfectamente... he hablado mas de dos horas.

Zoé. El tiempo no es lo mas esencial.

Mir. Si tal, así se impide que hablen los otros. En nuestra Cámara hay uno ó dos así, que ocupan toda la sesion y nunca hay nada que contestarles.

Osc. Ahora, querida prima, vengo á reclamar vuestra promesa.

Mir. Os estaba esperando.

Zoé. Hace frio, y ese viage os puede perjudicar.

Ber. Al contrario, necesita tomar el aire y hacer ejercicio.

Cesar. (*Ap. á Zoé.*) Yo os respondo de que no irá.

Mir. (*A un criado.*) Que enganchen los caballos.

Zoé. (Si sale de este apuro, merece ser Ministro á fé mia.)

Cesar. Os hará mucho provecho el salir, y aun cuando os espusiéseis á coger un catarro ú otra cualquier friolera así, se podia dar por bien empleado, tratándose de uno de la familia. En cuanto á mí, si fuese necesario me espondria por vos, querido primo, á otros peligros mayores.

Osc. Amable Cesarina!

Cesar. Siempre os he querido tanto!... os acordais

años atrás cuando nos paseábamos juntos por las orillas del *Yonne*, y apoyada en vuestro brazo, os decia, Oscar!!!

Osc. No me acuerdo.

Cesar. Como eso sucedia tantas veces! y era natural con los proyectos que sobre nosotros tenian nuestros padres.

Osc. Es verdad.

Mir. Y de qué? (*Inquieto.*)

Cesar. Siempre es costumbre pensar en casar á los primos. Esas ideas pasan, pero quedan la amistad y el cariño.

Ber. (Ha perdido el juicio.)

Cesar. No pasa un dia sin que os háble de él.

Mir. En efecto...

Osc. Cuánta bondad!

Cesar. Y esta mañana...

Mir. Es verdad... habeis manifestado por él un interés...

Cesar. Habia soñado que todos nuestros desvelos eran inútiles, que otro habia conseguido triunfar en la eleccion.

Ber. (*Procurando cambiar la conversacion.*) Me parece que ya es hora...

Mir. Dejadme.

Cesar. Pero, gracias á Dios, no se han realizado mis temores.

Mir. Pudiera ser muy bien.

Cesar. Qué decís?

Un criado. Ya está el coche.

Cesar. (*A Oscar con ternura.*) Adios, Oscar. (*A Miremont.*) Id pronto, pronto, antes que se anticipe alguno...

Mir. No Señora, ya no voy.

Cesar. Cielos! y por qué?

Mir. Por qué? Vos me lo preguntais!

Cesar. No sé...

Mir. Veo mas claro de lo que pensais... Muchas veces, Señora, se suele uno vender á sí mismo.

Cesar. Qué quereis decir?

Mir. Hay cosas que no se pueden ocultar, y á mí me basta una palabra, una mirada, para descubrirlo todo.

Cesar. Qué significa esto? Yo os ruego que os espliqueis.

Mir. No, yo no diré mas, pero os observaré, y si son ciertas mis sospechas, temblad. (*Al criado.*) Que desenganchen, ya no salgo.

Cesar. (*Apretando á Zoé la mano.*) He triunfado.

Zoé. Sí, ya lo veo. (*Con malicia.*)

Mir. (*A Oscar.*) Podeis ir á San Dionisio, si gustais; pero no conteis conmigo para nada: adios, Señora.

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* MR. DE MIREMONT.

Ber. Yo no sé lo que me pasa.

Osc. Ni yo... prima mia...

Cesar. No hay mas que un medio de componerlo.

Osc. Sí, prima.

Cesar. Id corriendo á la asamblea.

Osc. Sí, prima.

Cesar. Presentaos allí, que os vean los electores.

Osc. Sí, prima.

Cesar. Habladles mucho, hablad á todo el mundo.

Osc. Sí, prima.

Ber. (*Queriéndole detener.*) Un momento.

Cesar. Silencio, Doctor... marchad corriendo; ya debíais estar de vuelta.

Osc. Sí, voy, voy al momento.

ESCENA VIII.

BERNARDET, CESARINA, ZOÉ.

Ber. Pero si habla, lo echa todo á rodar.

Cesar. Sí, es hombre perdido.

Ber. Y haber manifestado así á vuestro esposo el interés...

Cesar. Estoy casi por arrepentirme de haber hecho que os nombrasen profesor.

Ber. Pero no veis que si oyen hablar á ese pobre muchacho es negocio perdido?

Cesar. Y si fuese esa mi intencion?

Ber. Ah! ya entiendo.

Cesar. Escuchadme, Doctor: yo tengo en esta casa una grande influencia, y vos ciertas miras que he creido adivinar.

Ber. Qué quereis decir?

Cesar. Un buen dote, una rica heredera...

Ber. Podreis creer...

Cesar. Que sean esas ó no vuestras ideas, no me opongo á ellas, y aun tal vez las favoreceria con una condicion.

Ber. Cuál?

Cesar. Que quede hoy nombrado Diputado Edmond de Varennes.

Zoé. Bravo!

Ber. Y cómo he de hacer?...

Cesar. Eso os toca á vos.

Ber. Voy corriendo, pero... no habíais hablado al Ministro en favor de Oscar?

Cesar. Apenas me escuchó, porque le tienen sumamente inquieto los cuatro votos que le faltan. Ah! ya tengo un medio. (*Se pone á escribir.*) Aquí le

ofrezco buscárselos y le recomiendo á nuestro candidato: tomad.

Ber. Voy..

Cesar. Decid á nuestros amigos que esparzan la voz de que mi marido está gravemente enfermo, y vos decidlo tambien por todas partes.

Ber. Yo! su médico!

Cesar. Dentro de tres dias, á lo mas, estará bueno: y una cura maravillosa...

Ber. Teneis razon, una cura maravillosa, que celebrarán nuestros amigos, y que se insertará en la *Gaceta de medicina*. Pero no podria saber?...

Cesar. Nada... haced lo que os digo: y á vos, Zoé, os encargo el secreto, mi marido está enfermo.

Ber. Pero y si le ven?

Cesar. No saldrá: yo me encargo de todo, la carta al Ministro.

Ber. Voy... tal vez le encontraré en la sala de conferencias.

Cesar. Con que esparcireis la noticia?

Ber. Perded cuidado: el santo á todos nuestros amigos, artículos en los periódicos de la tarde... Ah! haré que echen paja en la calle para que no le incomoden los carruages: luego iré á pedir la licencia al prefecto. (*Váse.*)

Cesar. Ya veis... obedece al impulso.

Zoé. (Y ella al mio.) Edmond será Diputado.

FIN DEL ÁCTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Biblioteca de Mr. de Miremont: tres puertas, una en el fondo, y dos á los lados; á la izquierda una mesa y á la derecha una chimenea.

ESCENA PRIMERA.

CESARINA, *y* MR. DE MIREMONT.

Mir. Pero estás segura, amiga mia, de que se va á presentar en la próxima semana ese proceso político en la Cámara de los Pares?

Cesar. Nadie lo sabe todavía, pero la muger del Ministro me lo ha confiado en secreto, y vos que estais algo delicado, vais tal vez á caer enfermo en el momento crítico, y esto daria lugar á sospechar...

Mir. Tienes razon.

Cesar. Pero guardando cama ocho ó diez dias antes, os hallareis bueno para entónces, y si el mal se agrava, no será culpa vuestra.

Mir. En efecto, yo no podia prever...

Cesar. Para conseguir esto es necesario hacer lo que os he dicho, no salir de casa, no ver á nadie.

Mir. Y qué ha dicho el médico?

Cesar. Dice que es una irritacion del pecho.

Mir. (*Haciendo por toser.*) Efectivamente, siento un fuego...

Cesar. Que no es nada en la apariencia, pero que

pudiera ser de consideracion si no dejais por algun tiempo vuestros trabajos parlamentarios.

Mir. Sí, sí, ya te he prometido que no saldré... Tú tambien me has ofrecido no hablarme mas de Oscar.

Cesar. Sí, os lo juro.

Mir. Y no interesarte mas por él.

Cesar. Yo no sabia que esto pudiera desagradaros, y por mas que sean injustas vuestras sospechas... Quereis que os ofrezca no volverle á ver?

Mir. Eso es demasiado; no... no quiero tanto. Una sola cosa desearia pediros.

Cesar. Cuál?

Mir. Habeis pronunciado, no hace mucho, un nombre, que me ha traido á la memoria varios recuerdos. Habeis nombrado á Mr. Edmond de Varennes, á cuyo padre debí en otro tiempo mi posicion y mi vida, y sin embargo, apenas nos acordamos de su hijo, jóven á quien yo aprecio, y que vos, no sé por qué, aborreceis.

Cesar. Es cierto: es un jóven de mucho talento, pero le tengo una antipatía mortal.

Mir. Yo quisiera por el contrario... pero quién viene?

ESCENA II.

DICHOS, ZOÉ.

Zoé. Soy yo, que vengo á visitar á nuestro enfermo. Cómo va?

Mir. No muy bien.

Cesar. Y escepto vos, mi querida Zoé, está prohibido que entre nadie.

Mir. Con vuestro permiso voy á entrar en mi habitacion, porque me siento tan débil!

Un criado. Mr. Oscar Rigaut.

Mir. Oscar! ese nombre me irrita todo el sistema nervioso.

Cesar. (*En voz baja.*) Calmaos.

Criado. Quiere ver al Señor.

Cesar. Decid que no se le puede ver.

Criado. Tambien quiere hablar á la Señora.

Cesar. Decidle que la Señora no puede recibirle. (*Se va el criado.*) Estais contento?

Mir. Tú eres un ángel. Vaya... prométeme reconciliarte con Mr. Edmond...

Cesar. Ya que es vuestro gusto...

Mir. Querida Cesarina! (*Besándole la mano.*) adios! (*Á Zoé al marchar.*) Hace de mí todo lo que quiere.

ESCENA III.

ZOÉ, CESARINA.

Zoé. (*Haciéndola una reverencia.*) Bien, Señora, muy bien... os confieso que en esto de intrigas me sería imposible llegar á un grado de perfeccion tan admirable.

Cesar. Tal vez sí.... teneis muy buena disposicion, y con algunas lecciones... ahí está el Doctor.

ESCENA IV.

DICHAS, BERNARDET.

Ber. (*Hablando hácia dentro.*) Sí, Señores, de hora en hora se mandará á la consergería una noticia del enfermo. (*Manifestando tristeza.*) Perdonadme si por la inquietud en que me hallo, no os digo por ahora mas. Me están esperando para una

consulta. (*Viendo á las Señoras.*) Ah! estábais ahí?

Cesar. Cómo va nuestro negocio?

Ber. A pedir de boca. Es una maravilla ver la facilidad con que se esparcen las noticias malas.

Cesar. Y el Ministro?

Ber. Le entregué vuestra carta, y despues pasé á la sala de conferencias, donde manifestando un profundo sentimiento comuniqué á todos los que allí estaban la triste nueva de la enfermedad de vuestro esposo. Pocos momentos despues todos venian á preguntarme, pero yo solo respondia con un silencio melancólico, dando á entender que tenia muy poca esperanza de que sanase. Así es que cuando vieron al Ministro, todos empezaron á dirigirse á él, todos tenian que decirle alguna cosa reservadamente. Esto era natural; todos le ofrecian su apoyo para pescar alguno de los ocho empleos que reune vuestro esposo; de modo que faltando cuatro votos para que se apruebe la ley, sobran ya veinte y cinco.

Cesar. Perfectamente!

Zoé. Ya comprendo...

Ber. La ley va á ser aprobada por una inmensa mayoría, gracias á la fingida enfermedad del Conde que ha producido un efecto mágico, no solamente en la Cámara, sino aun en nuestros amigos, á quienes no juzgué conveniente participarles el misterio para que desempeñasen sus papeles con mas naturalidad.

Cesar. Bien hecho.

Ber. De modo que todos ellos han abandonado á Oscar, creyéndole privado de su único apoyo, Mr. de Miremont. (*A Zoé.*) Pero lo que no hubiera creido nunca... no habíais avisado á vuestro marido?

Zoé. Os ofrecí que no diria á nadie nada.

Ber. Le he encontrado en casa de uno de mis clientes, á quien fué á pedir su voto para ocupar el puesto de Mr. de Miremont en la Academia de ciencias morales y políticas. Habia tanta gente que no pude hablarle un momento para desengañarle, y volvió á subir en el coche para continuar sus visitas.

Zoé. Dios mio!

Ber. Pero no os dé cuidado, así tendrá ya dados esos pasos para la primera vacante que haya. (*A Cesarina.*) Ahora quisiera que vos me dijéseis la causa que ha motivado esta contra-revolucion.

Cesar. Cuál?

Ber. Este cambio en favor de Mr. Edmond, nuestro mortal enemigo.

Cesar. Ya os lo diré á su tiempo.

Ber. Es necesario que yo lo sepa.

Zoé. Para qué? ni él mismo lo sabe.

Cesar. Ciertamente: y es preciso que yo le vea.

Zoé. (Lo que es por hoy no será fácil.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, AGATA, *y un criado que la sigue.*

Agat. Mr. Edmond pregunta por mi padre.

Cesar. y Zoé. Edmond?

Agat. Qué se le contesta?

Zoé. Que el señor Conde no puede recibir á nadie.

Cesar. Eso es bueno para los estraños, pero los amigos de mi marido, los amigos antiguos de la familia...

Agat. (*Aparte á Zoé.*) Qué quiere decir esto?

Cesar. (*Al criado que se va.*) Decidle que entre: tendrémos mucho gusto en verle.

Agat. (*Aparte á Zoé.*) Yo no comprendo...

Zoé. Todo está cambiado, pero temo...

Agat. Qué?

Zoé. Callad.

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y EDMOND: *las señoras se sientan y hacen alguna labor.*

Edm. (*A Cesarina con frialdad.*) Perdonadme, señora, si me atrevo á presentarme de este modo en vuestra casa; pero la noticia que acaban de darme me servirá de disculpa. Es cierto que Mr. de Miremont está tan malo como dicen?

Cesar. Es verdad, pero no hemos perdido la esperanza de que recobre su salud, por la que tanto interés manifestais.

Edm. Mucho, señora: Mr. de Miremont fué amigo de mi padre, y tambien mio... si ha dejado de serlo, no por eso le culpo.

Cesar. Y á quién culpareis en ese caso?

Edm. No me lo pregunteis, pues soy demasiado franco y tal vez os lo diría.

Cesar. Y si estuviéseis equivocado?

Edm. (*Con indignacion.*) Señora!

Zoé. (Imprudente!)

Edm. Perdonadme: me habia olvidado de que estaba en vuestra casa. (*Cesarina le hace una seña para que se siente á su lado, como efectivamente lo hace.*)

Ber. (*Aparte á Zoé.*) Que me lleve el diablo si yo sé por qué le protege, porque á la verdad no es nada amable. Como no esté enamorada...

Zoé. Puede ser.

Ber. Eso es diferente.

Cesar. Segun veo, Edmond, veníais espresamente á reñir conmigo.

Edm. No creía tener el placer de encontraros.

Cesar. Que eso quiere decir, que no habeis venido por mí.

Edm. Me es fuerza confesarlo.

Zoé. (Él se pierde.)

Edm. No sé por qué me escribió Madama de Montlucar que viniese á verla aquí.

Cesar. Ah! le habíais escrito, Zoé, sin avisarme.

Zoé. Sí señora.

Cesar. (*Con satisfaccion.*) Está bien.

Edm. Yo creí que la señorita Agata tenia algo que mandarme.

Agat. Yo!...

Zoé. Ah! la seda. (*Dejando caer un ovillo que recoge Edmond, al devolvérselo le dice bajo.*) No hableis á Agata, ni la mireis tanto delante de su madrastra.

Edm. Por qué?

Zoé. Silencio.

Cesar. Me habian dicho, Mr de Varennes, que aspirábais al cargo de Diputado por San Dionisio.

Edm. He desistido ya.

Cesar. Por qué? os faltan acaso amigos?

Edm. No tengo uno solo.

Cesar. Eso es demasiado exagerar.

Edm. Efectivamente, no hace mucho encontré uno que me ofreció su apoyo, y á quien solo conocia de haberle visto ayer en casa de Oscar... es un tal Dutillet, un librero.

Ber. Ya yo le habia avisado. (*Aparte á Zoé.*)

Edm. Me dijo, «sé que ayer procedí mal con vos pero me ha informado un amigo sobre vuestras brillantes cualidades...» no sé quién puede ser este amigo.

Ber. Yo.
Edm. Vos!
Ber. Sí, yo he hablado en favor vuestro.
Edm. Despues de lo que ha pasado entre nosotros:::
Ber. Eso os probará que yo sé apreciar el mérito hasta en mis enemigos. Estas Señoras pueden decir si antes que viniéseis no estaba haciendo mil elogios de vos.
Zoé y Cesar. Es cierto.
Agat. Es posible!
Edm. Yo que os habia ofendido...
Ber. No importa: la justicia es antes que todo, y en este momento voy á hablar á mis amigos, á cuantos electores conozco; adios, Señoras.

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* BERNARDET.

Edm. Tanta generosidad! que injusto he sido con él.
Cesar. Y no solo con él, Edmond: algun otro hay á quien habeis ultrajado, sin conocer lo que os apreciaba.
Edm. No os comprendo.
Cesar. Os habeis acostumbrado á no ver en todas partes mas que enemigos.
Zoé. Cierto.
Edm. Y no tenia razon, cuando veia que todos conspiraban contra mí, en el Tribunal, en la sociedad, en los periódicos?
Zoé. (*Leyendo un periódico que coge de la mesa.*) «Un gran número de electores del cuartel de San Dionisio, se reunen para nombrar Diputado á Mr. Edmond de Varennes. Si un talento á prueba,

un carácter incorruptible y el mas ardiente patriotismo son las cualidades que deben exigirse á un Diputado; es de esperar que Mr. de Varennes sea nombrado por unanimidad."

Edm. Es posible! ese periódico que tan mal ha hablado de mí!...

Zoé. (*Sigue leyendo.*) «Todo el mundo ha leido, y todos han tenido lugar de admirar su soberbio discurso en el pleito de la señorita Miremont, donde brillan en alto grado una erudicion, un fuego, y una elocuencia, &c. &c." Siguen dos columnas de elogios que omito por no ofender vuestra modestia.

Agat. (Le hacen justicia!)

Edm. Y ayer decia precisamente lo contrario... que significa esto?

Cesar. Esto significa que no todos los dias son iguales.

Agat. Que tarde ó temprano siempre triunfa el verdadero mérito.

Zoé. Que es mal hecho perder toda esperanza, y sobre todo querer matarse.

Edm. Os quereis callar?

Zoé. No señor, no... debo decirlo.

Edm. Pero es un sueño lo que me pasa?... yo que me creia abandonado de todos y de mí mismo.

Agat. Y hacíais muy mal.

Edm. Y Mr. de Miremont, vuestro padre?

Cesar. Está muy prevenido á vuestro favor, y hará todo lo posible para que consigais vuestros deseos. Si su salud se lo permitiese os presentaría él mismo á los electores.

Edm. ¿Quién ha disipado sus prevenciones, quién se ha dignado de hablarle por mí? (*Mirando á Agata.*) Ah! ya lo sé.

Zoé. (*Con viveza.*) Una persona con quien sois demasiado injusto... su muger.

Edm. Cesarina!

Zoé. Sí, Edmond, yo soy testigo de ello...

Cesar. Tenia que vengarme de vos, caballero, y ya lo he conseguido.

Agat. (Es incomprensible todo lo que aquí pasa.)

Cesar. Solo siento que por una indiscrecion de Zoé hayais sabido lo que yo queria que ignoráseis siempre. Yo sé que vos me aborreceis...

Edm. Cierto es, Señora, que he sido muy injusto.

Cesar. Lo conoceis al fin...

Edm. Pero os diré la razon, os la diré con franqueza.

Zoé. Edmond... quereis callar?

Cesar. Por qué? lo que yo aprecio mas en el mundo es la franqueza.

Zoé. (Yo tiemblo!) (*Se oye tirar una campanilla.*)

Cesar. Llaman en la habitacion de mi marido.

Zoé. Ya podrá recibir, Mr. Edmond.

Cesar. No, esperad un momento: quereis ir, mi querida Agata, á ver lo que quiere vuestro padre? Tengo que hablar un instante con Mr. de Varennes.

Agat. (*Con alegría.*) Voy corriendo. (*Aparte á Edmond.*) Haced todo cuanto os diga... yo por mi parte voy tambien á hablar á mi padre. (Yo no comprendo una palabra, pero todo va bien.)

ESCENA VIII.

ZOÉ, CESARINA, *y* EDMOND.

Zoé. Imprudente!... se va! no los perderé de vista si nó es negocio perdido. (*Se vuelve á sentar y coge su labor.*)

Cesar. (Se pone á trabajar ahora... vamos esta muger es negada.) (*Un momento de silencio: viendo que Zoé prosigue trabajando se acerca á ella y la dice.*) Querida Zoé.

Zoé. Señora!

Cesar. Es preciso que le hable sobre la eleccion y los obstáculos que pueden oponerse...

Zoé. Sí, teneis razon, debemos hablarle.

Cesar. Esta conversacion acaso os fastidiará.

Zoé. Nada de eso... al contrario, no tengo nada que hacer, y...

Cesar. No me ha entendido.

Zoé. Me habeis ofrecido darme algunas lecciones, y quiere decir que aprenderé escuchando.

Un criado. Mr. de Montlucar!

Zoé. Que pase adelante.

Cesar. (No habia bastante con la muger, sino que tambien el marido...) Decid que no estoy en casa, que no puedo recibirle...

Criado. Dice que no quiere mas que hablar dos palabras con su señora.

Cesar. Eso es otra cosa. Id á ver lo que quiere vuestro marido.

Zoé. Yo!...

Cesar. Sí, sí... no le hagais esperar.

Zoé. No quisiera dejaros solos, porque os va á deci alguna tontería que os pudiera incomodar.

Cesar. No temais.

Zoé. (Yo volveré al momento.)

ESCENA IX.

EDMOND, CESARINA.

Cesar. (Que trabajo me ha costado! son tan curiosas las mugeres.)

Edm. A la verdad, Señora, apenas puedo creer lo que estoy viendo y oyendo.

Cesar. Es terrible tener que conocer uno mismo que ha sido injusto.

Edm. Yo...

Cesar. Me habeis ofrecido hablarme con franqueza.

Edm. Y así lo haré, Señora! pues bien, yo habia creido que érais mi mortal enemiga, que me aborrecíais... no sé por qué.

Cesar. Mis acciones os responderán por mí.

Edm. Es verdad, en esta ocasion...

Cesar. Dejemos eso... no quiero abusar de la ventaja que me dá la razon. Hablemos de vuestros intereses... Segun veo toda vuestra ambicion, todo vuestro anhelo se cifra en que os nombren Diputado.

Edm. No, Señora.

Cesar. Cómo no?

Edm. Ya veis que tengo en vos mas confianza de lo que creíais; vuestra generosidad me ha dado valor, y temeria ser ingrato si no os abriese mi corazon.

Cesar. Eso es lo que yo quiero.

Edm. Pues bien... mi deseo no es otro que el de hacerme digno de una persona... y solo por eso anhelo ser Diputado.

Cesar. De verás? ese es el motivo?

Edm. Os lo juro; hay una muger á quien amo hace mucho tiempo, con una pasion ardiente, y que ella ignora todavía.

Cesar. Por qué?

Edm. Porque habia perdido toda esperanza.

Cesar. Y teneis alguna ya?

Edm. Desde hoy sí.

Cesar. Esplicadme ese misterio.

Edm. Quisiera, pero no me atrevo á decirlo.

Cesar. Por qué? la conozco yo?

Edm. Sí, Señora, mucho.

Cesar. Hablad::: si yo tengo alguna influencia sobre ella...

Edm. Muy grande.

Cesar. (*Fingiendo sorpresa.*) Qué quereis decir?

Edm. Que de vos sola depende mi felicidad; de una palabra vuestra. Sí, yo imploro vuestra amistad, vuestra proteccion; vos podeis hacer que consiga su mano.

Cesar. Su mano! de quién?

Edm. De Agata.

Cesar. Cielos!

Edm. Sí, Señora.

ESCENA X.

DICHOS, ZOÉ *abriendo rápidamente la puerta.*

Zoé. Qué es eso?

Cesar. Este caballero me pide la mano de Agata.

Zoé. Dios mio!

Cesar. (*Mirándola con ceño.*) A quien ama... á quien adora hace mucho tiempo.

Edm. Es la única muger que en mi vida he amado.

Zoé. Pero...

Edm. Sí, todo se lo he dicho... es tan buena, tan generosa! me ha ofrecido su apoyo.

Cesar. Sí... sí... tendré un placer en ello. (*Toca la campanilla.*)

Edm. Ya lo oís, (*A Zoé*) no tengo mas que amigos.

Cesar. Que enganchen los caballos... voy á salir al momento.

Edm. Cuánto tengo que agradeceros!

Cesar. Bien, bien, contad conmigo... hasta luego, Zoé, volverémos á vernos.

Edm. Voy á la habitacion del señor Conde.

Cesar. Y yo á ver al Ministro. (*Se va por la izquierda.*)

Edm. Oh! ya soy feliz. (*Entrando por la puerta de la derecha.*)

Zoé. Todo se ha perdido.

FIN DEL ACTO CUARTO.



ACTO QUINTO.

La misma decoracion del tercer acto.

ESCENA PRIMERA.

CESARINA *entrando por la puerta del fondo.*

No he podido hablar al Ministro... se estaba casualmente discutiendo la ley en aquel momento, y no podia salir. Ha contestado que cuando se concluya la sesion podrá hablarme, pero ya no será tiempo. Mientras no se haya aprobado la ley tiene necesidad de mí, pero despues solo atenderá al mérito de Edmond, y... Que me haya yo dejado burlar así; no por él... él no sabia nada; pero lo que es mas humillante, por esa tontuela de Zoé. Yo me vengaré de ella... pero cómo?... en su marido?... eso le importa poco. En su amante? no tiene ninguno... vamos! tambien es desgracia. Y entre tanto se estará discutiendo la ley; los Diputados que aspiran á colocarse, votarán por el Ministerio, y esto por causa de mi marido... Será sin duda la primera cosa que se habrá aprobado por él... y todo por esa maldita enfermedad que se me ocurrió inventar. Si yo pudiera curarlo, si pudiese llevarle á una de las tribunas reservadas, de modo que le viesen... esto solo bastaria á paralizar... aquí está.

ESCENA II.

CESARINA, MIREMONT.

Cesar. Veo con satisfaccion que estais muy mejorado.
Mir. Al contrario...
Cesar. Teneis mejor semblante.
Mir. Sí, pero siento...
Cesar. Qué?
Mir. No sé esplicarlo, y esto es lo que mas me aterra.
Cesar. Si pudiéseis salir un poco...
Mir. No... no puedo esponerme á que me dé el aire...
Cesar. Irémos á un sitio abrigado, si os parece; á la Cámara de los Diputados, donde dicen que hay una sesion sumamente interesante.
Mir. De ningun modo... el médico me ha prohibido que salga, y vos misma me lo habeis aconsejado.
Cesar. (De puro creerme no habrá medio de persuadirle.)
Mir. Yo tambien estoy fastidiado de no poder salir... queria ir á las elecciones de San Dionisio, y tendré que contentarme con escribir á los electores recomendándoles á Edmond, que vendrá hoy á comer con nosotros.
Cesar. Edmond?
Mir. Vos misma me lo aconsejásteis esta mañana... es un jóven de mucho mérito, y no tomaria á mal que fuese mi yerno, porque segun creo, le quiere Agata.
Cesar. Y podríais consentir...?
Mir. Por qué no? un hombre de talento... vos misma á pesar de vuestra antipatía para con él, no habeis

podido menos de hacerle justicia y de recomendármelo.

Cesar. Pero yo he podido engañarme, todos nos engañamos á veces.

Mir. Y Bernardet, hombre en quien ambos tenemos una gran confianza, que es su enemigo, me ha hecho de él mil elogios.

Cesar. (Dios mio! todo se vuelve contra mí.)

Mir. Es cosa hecha, y ya se lo he prometido á mi hija: si Edmond logra ser elegido...

Cesar. No lo será... es imposible.

Mir. Y por qué nó, como otro cualquiera?

Cesar. Porque no tiene protectores, ni el crédito y la influencia que se necesita...

ESCENA III.

DICHOS, *y* EDMOND.

Edm. Ah! Señora... cuántos favores os debo! vos sois mi ángel protector. Por todas partes encuentro amigos, y estos amigos son los vuestros.

Cesar. (Imbéciles! todos se han combinado: y Bernardet no viene todavía.)

Edm. Todos han abandonado á Oscar, al que acabo de encontrar furioso: parece que en el segundo colegio ha sufrido una completa derrota.

Cesar. (Si le han oido hablar...)

Edm. Y á mí por el contrario, todos me ofrecen su apoyo sin haberlo solicitado.

Mir. Ahora iba á escribir á los principales electores.

Edm. Cuántas bondades! Si esto sigue así, será muy probable que lo consiga.

Cesar. Todavía no, y sin el apoyo del Ministerio no se podrá decidir fácilmente: si el Ministerio pre-

senta otro candidato, será el éxito muy dudoso.

Edm. Dios mio!

Mir. No conoceis á nadie...

Edm. No; pero Cesarina me habia ofrecido hablar al Ministro.

Cesar. Me ha sido imposible verle.

Edm. Entónces, pierdo toda esperanza, porque no conozco á nadie en el Ministerio.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *y* BERNARDET.

Ber. Es negocio concluido... ahora vengo de la Cámara.

Cesar. Y qué?

Ber. La ley ha sido aprobada por treinta y cinco votos de mayoría.

Cesar. Treinta y cinco votos!

Mir. Os admirais de eso? Ya yo lo habia previsto y lo dije á muchos de mis cólegas. Pero hablando de otra cosa, sabeis, amigo, cuál es el candidato que presenta el Ministerio para la eleccion?

Ber. Edmond de Varennes.

Cesar. Es posible!

Ber. El Ministro os ha enviado esta carta, y probablemente os lo dirá en ella.

Cesar. (*Lée para sí.*) « Me habeis cumplido vuestra palabra, y yo he cumplido la mia." (Es decir que ya no hay remedio...) Quién ha traido esta carta?

Ber. Un criado del Ministro, que está esperando vuestra respuesta.

Cesar. Voy á escribirle al momento... (por si es tiempo aun.)

ESCENA V.

DICHOS, *menos* CESARINA. MR. DE MIREMONT *se pone á escribir.*

Ber. (Perfectamente... esto marcha: Cesarina protegerá mis amores como yo he protegido los suyos, y ya soy hombre.) (*A Edmond.*) Amigo mio, no hay que perder tiempo; es preciso, como suele decirse, machacar el hierro en caliente. Por qué no vais á las elecciones?

Edm. Yo?

Ber. Pues!... es preciso que os vean, que os nombren Diputado: todos lo deseamos.

Edm. Tanta deferencia, tanta amistad...

Ber. Yo soy así, cuando sirvo á mis amigos, me sirvo á mí mismo. No vais?

Edm. No me atrevo á presentarme, solo, desconocido...

Ber. Es cierto: necesitais un protector...

Edm. El señor Conde se toma la molestia de escribir á los electores.

Mir. Ahora empiezo la segunda carta.

Ber. No sería mejor que fuese en persona á presentaros?

Mir. No deseo otra cosa; (*Levantándose*) pero el estado de mi salud no me lo permite.

Edm. Teneis razon: ni yo podría consentir...

Mir. Me habeis prohibido que salga, y teneis razon, porque siento una irritacion en el pecho...

Edm. Lo ois?

Ber. (*Aparte á Edmon.*) No tengais cuidado, yo lo curaré al momento. (Ya que ha sido aprobada

la ley no hay ningun riesgo en que salga.) (*A Miremont.*) Veamos el pulso... El Ministro me ha preguntado por vos.

Mir. Sí?

Ber. Yo le he dicho que os habia aconsejado mucho descanso y los aires del campo. Él me respondió «Afortunadamente habrá tiempo, porque se ha prorogado nuestro proceso político hasta dentro de cuatro meses."

Mir. De veras?

Ber. El pulso está bien.

Mir. (*Con alegría.*) Se ha prorogado!

Ber. Es noticia oficial... No encuentro agitacion ninguna: debeis sentiros mucho mejor.

Mir. Seguramente... no digo que no.

Ber. El pulso está perfectamente; la calentura ha desaparecido y podeis salir.

Mir. Sí?

Ber. Yo os respondo de que no os hará mal.

Mir. Hola! que pongan al momento el coche.

Ber. (*Aparte á Edmond.*) Qué os decia yo?

Edm. (No sé lo que me pasa... Cosa mas rara!)

Mir. (*A un criado.*) Al instante el coche.

Ber. No; los momentos son preciosos... tomad el mio que está abajo. (*Al criado.*) El sombrero del señor Conde, su baston, sus guantes.

Edm. (*A Bernardet.*) Cuánto tengo que agradeceros, amigo mio!

Ber. Por una friolera como esa... (*Riéndose.*)

Edm. Mas que todo eso, la felicidad de mi vida entera... exijo de vos que asistais á mi casamiento; sereis uno de los testigos.

Ber. Cómo?

Edm. Sí, me caso con la señorita Agata: su padre ha consentido ya, y su madrastra ha apo-

yado tambien mis pretensiones.

Ber. Madama de Miremont?

Edm. Si salgo elegido me casaré con ella.

Mir. (*Agarrando del brazo á Edmond.*) Vamos, no hay que perder tiempo, y pues el Doctor lo permite, tomarémos su coche.

ESCENA VI.

BERNARDET *solo.*

Estoy Soñando? Burlarse de mí de esa manera... de Bernardet... han jugado comigo como con un chiquillo... voto á!... Pero yo le diré á Madama de Miremont... Ahí viene.

ESCENA VII.

BERNARDET, CESARINA.

Cesar. Tomad, Doctor, que lleven corriendo esta carta al Ministro. Llamad, que vayan al momento: acaso será tiempo todavía.

Ber. (*Toma la carta y la hace pedazos.*) No, ya no es tiempo.

Cesar. Qué habeis hecho? estais loco?

Ber. No os burlareis mas de mí... todo lo sé.

Cesar. No sabeis nada... dónde está mi marido?

Ber. (*Colérico.*) Ha ido á las elecciones con Edmond, y yo se lo he aconsejado.

Cesar. Cielos!

Ber. Habeis triunfado!

Cesar. Al contrario... qué habeis hecho? todo se ha perdido.

Ber. A otro con esas: á mí no se me engaña dos veces.

Cesar. Escuchadme.

Ber. Pero aun no me faltan medios de vengarme; yo puedo hacer que Edmond no sea elegido.

Cesar. De veras?

Ber. Voy al colegio electoral, descubriré las intrigas que se han puesto en juego... porque ha habido intrigas, bajas, miserables, y tengo medios de probarlo.

Cesar. Bien, bien... eso es lo que quiero...

Ber. Vos!... ya no os creo.

Cesar. No importa... yo os suplico que lo hagais al momento.

Ber. Sí, voy allá.

ESCENA VIII.

DICHOS, OSCAR.

Osc. (*Deteniendo á Bernardet.*) No señor, no os iréis.

Ber. Con quién hablais?

Osc. Con vos, que me habeis engañado, que me habeis hecho traicion. Ya sé que protegeis á otro en las elecciones.

Ber. Es falso.

Osc. Y lo habeis dicho á todos nuestros amigos, que me han abandonado.

Ber. Sí... por vuestro propio interés. Yo os esplicaré eso mas adelante, dejadme que me vaya...

Osc. No, no os escapareis... yo soy muy bueno, pero no quiero que se burle nadie de mí.

Ber. Escuchadme.

Osc. No escucho nada; tengo encargada una comi-

da de cien cubiertos, y ramilletes... yo he dicho á todo el mundo que seré Diputado, y lo seré.

Ber. Justamente voy á eso, y vos estais deteniéndome...

Cesar. Es cierto, dejadle. (Tengo que volver á contestar al Ministro) dejadle ir. (*Se va por la izquierda.*)

Osc. Si es así... es diferente; pero marchad pronto.

ESCENA IX.

MONTLUCAR, BERNARDET, OSCAR.

Mont. (*Deteniendo á Bernardet.*) Un momento, señor Doctor: vengo á pediros ciertas esplicaciones.

Ber. Este es otro.

Mont. Me habíais dicho que Mr. de Miremont estaba enfermo, sin esperanza de vida... (*Levantando la voz*) esta noticia me causó un pesar inesplicable. Me habeis hecho visitar á medio París para obtener su puesto en la Academia, y al venir ahora para acá, he visto, á qué no adivinais á quién? (*A Oscar.*) A Mr. de Miremont, disfrutando de la mejor salud, que se dirije al colegio electoral con Edmond en el coche del Doctor.

Osc. Lo oís? en vuestro mismo coche.

Ber. (*Gritando.*) Bien, y qué prueba eso? El que yo le haya prestado mi coche, impide que os sea yo siempre afecto? es una prueba de que no lo sea? Yo no soy quien os ha engañado, si no Madama de Miremont.

Osc. Mi prima! es posible?

ESCENA X.

LOS MISMOS, DUTILLET, SAN ESTÉBAN, DESROUSEAUX, *y varios individuos de la pandilla.*

Dut. Victoria, Doctor! Podeis decir á Madama de Miremont que todo va perfectamente, y es de esperar que Edmond sea nombrado.

Ber. Edmond!

Dut. Segun vuestras instrucciones.

Osc. (*Aparte á Bernardet.*) Pues!... vuestras instruciones.

Dut. Ya hemos avisado á los estudiantes de la escuela de Derecho, y de la de Medicina para que preparen el triunfo, y tendrémos música...

Ber. Permitidme, yo habia pedido todo eso para Oscar.

Desrou. Sí, pero como hubo contra-órden...

Ber. Pues ahora hay otra contra-órden.

Est. No era fácil adivinarlo.

Ber. Sois unos majàderos!

Dut. Y vos un bribon.

Est. Un hombre inconsecuente.

Mont. Un intrigante.

Ber. Mr. de Montlucar!

Mont. Mr. Bernardet!

Ber. Habeis olvidado sin duda lo mucho que nos debeis.

Mont. Y vos os habeis olvidado de quien soy; pero esto me servirá de leccion para huir de semejante canalla.

Todos. (*Gritando.*) Canalla! eso es demasiado.

Osc. (*Poniéndose á su lado.*) Dice bien, canalla.

Est. Nos dareis una satisfaccion.

Mont. Cuando gusteis.
Todos. Al instante. (*Todos se amenazan.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, *y* MIREMONT *que entra por la puerta del fondo con* CESARINA.

Mir. Qué es esto, Señores... qué desórden!
Mont. Mr. de Miremont!
Dut. No se estaba muriendo!... de dónde venís asi?
Mir. De las elecciones; pero no hemos tenido necesidad de ir hasta allá, porque en el camino nos han dado la noticia.
Todos. Cuál?
Mir. No oís! (*Se oyen en la calle gritos de aclamacion.*)

ESCENA XII.

DICHOS, AGATA, ZOÉ *y* EDMOND, *rodeado de amigos que le felicitan.*

Agat. Ha sido nombrado!...
Edm. Amigos mios, Mr. de Miremont... mi querido Doctor... y vos, Cesarina, cuanto os debo!
Zoé. (*A Cesar.*) Sí, todo os lo debe á vos.
Cesar. (*En voz baja.*) Zoé!...
Zoé. Es mi primera leccion... tal vez lo haré mejor en la segunda.
Edm. He sido muy injusto: esta mañana maldecia yo á los hombres y á mi suerte; creia que en este siglo todo era parcialidad, intrigas, pero ya conozco (*Mirando á Cesarina*) que hay todavía en algunos corazones amistad verdadera (*Mirando á Bernardet*) y desinteresada (*A los demas de la

pandilla) que se puede en fin ascender sin poner en planta esos medios miserables de que otros se valen.

Zoé. (*Con una mirada de compasion.*) (Pobre muchacho!).

Osc. (*A Zoé.*) Ya lo veis... cuando se tiene amigos, no hay cosa mas fácil que ascender.

Zoé. Sí, Oscar, pero bueno es tener talento, para no caer.

FIN DE LA COMEDIA.